

A romantic scene between a man and a woman in formal attire. The man is shirtless, wearing a white shirt, and the woman is wearing a red dress and white gloves. They are embracing and kissing. The background is a solid dark red color.

*Only
in
Books*

**A
Season
for Love**

Cynthia Breeding

*Esta traducción fue hecha de fans
para fans sin ánimos de lucro.
Si el libro llega a tu país, apoya al
autor comprándolo o adquiriendo
sus obras en sitios webs reconocidos
y especialistas en la venta de libros
electrónicos.
También puedes apoyar al autor con
reseñas, siguiéndolo en sus redes
sociales y ayudándolo a
promocionar su trabajo.
¡Disfruta mucho de la lectura!
Te desea todo el equipo de Only in
Books.*

Only in Books



Indice

3

Staff

Capítulo 6

Sinopsis

Capítulo 7

Capítulo 1

Capítulo 8

Capítulo 2

Capítulo 9

Capítulo 3

Capítulo 10

Capítulo 4

Sobre la autora

Capítulo 5

Only in Books



Staff

4

Traductora

Lady Jessica

Correctora

Asiria

Revisión Final

Marta_rgCL

Diseño

Lectora

Only in Books



Sinopsis

Una novela de Regencia...

La hija huérfana de un vicario, Elizabeth Townsend, está agradecida con su tío, el conde de Dewberry, por tomarla bajo su protección. Cuando ella es tirada de su caballo mientras paseaba por el campo, un gallardo soldado, con el cabello negro azabache que acaba de regresar a casa después de la guerra, galantemente la rescata como un caballero de antaño.

A los veintidós y sin dote, Elizabeth sabe que nunca se casará en la aristocracia, pero el soldado, Darian, sería un buen partido. Albergando pensamientos fantasiosos, espera poder verlo en el baile de campo del Duque la semana siguiente.

Y sin duda lo ve, porque Darian es el marqués de Bington, heredero del Duque, y totalmente fuera de su liga. *Totalmente.*



Only in Books



Capítulo 1

Inglaterra, 1814

—¡Uy! —Elizabeth Townsend aterrizó sobre su trasero en una mancha de

barro y nieve derretida que hacia el sinuoso camino a través de los bosques de Northamptonshire traicionero. Hizo una mueca mientras su caballo se dirigía al galope a su casa sin ella. Su tío, el conde de Dewberry, no estaría feliz de ver a uno de sus premios andaluces llegar al establo echando espuma por la boca y sin jinete. Probablemente no debería haber tomado a la yegua, pero era un día tan maravillosamente cálido con el toque de la primavera a la vuelta de la esquina.

Y también era la época de celo. El gran ciervo de muchas astas había saltado desde los árboles, asustando al caballo hasta encabritarse al tiempo que Elizabeth reunía lana. Ahora aquí estaba, en un charco mojada con su traje de montar de terciopelo marrón, sin duda, arruinado.

Se mordió el labio. El tío James y la tía Catherine habían sido amables en acogerla cuando sus padres murieron en un accidente de carruaje, poco antes de las navidades. Habían sido generosos en el suministro de su armario, la Condesa dijo que los vestidos de lana simples que Elizabeth había usado como la hija de un simple vicario no serviría, sin embargo, el Conde tenía dos hijas que necesitarían numerosas batas y vestidos de día cuando se mudaran a la ciudad para la Temporada. Elizabeth no quería ser una carga adicional.

Los golpes de cascos de un caballo galopando sonaban de la dirección en que ella había llegado. Elizabeth se puso de pie, pensando en buscar refugio detrás de un árbol y luego gritó mientras trataba de poner el peso en el pie derecho.

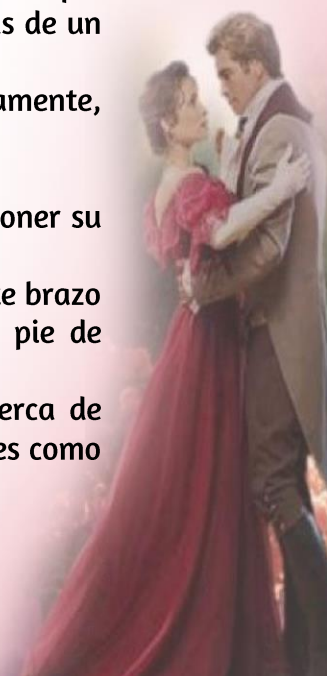
El caballo salió en la curva y patinó hasta detenerse bruscamente, expandiendo barro cuando el sorprendido jinete se deslizó de la silla.

—¿Está bien? ¿Qué está haciendo aquí sola?

—Estoy... ¡Ay! —Ella hizo una mueca cuando cautelosamente trató de poner su pie en el suelo otra vez.

—¡Que canalla soy! —Con tres pasos largos, él estuvo a su lado, un fuerte brazo alrededor de su cintura, apoyando su peso contra su muslo y aliviando el pie de cualquier presión.

Elizabeth se quedó sin aliento. Nunca había estado un hombre tan cerca de ella, bueno, papá, por supuesto, pero... Levanto la mirada a esos ojos tan verdes como



los pinos detrás de ella. Ojos bordeados con pestañas teñidas de negro que hacían juego con el cabello negro y largo bastante pasado de moda, rizado sobre el cuello abierto de su camisa sin pañuelo. Ella vislumbró un espolvoreado vello en el pecho y músculos de piedra cincelados que parecían extenderse por debajo de su capa a los muy amplios hombros. Su pierna, herméticamente envuelta en pantalones de color de ante, parecía igualmente dura.

Se apretó contra su muslo. De hecho, todo su cuerpo estaba acurrucado junto al suyo de la manera más inadecuada... y se sentía bien. Querido Señor, *¿qué estaba pensando? ¿Tenía que dejar los áticos?* Elizabeth se apartó.

Él parecía divertido, pero soltó su agarre lo suficiente para crear un poco de espacio entre ellos. Antes de que pudiera tomar una respiración completa, no obstante, él estaba en el suelo de rodillas, incursionando en su falda de montar hasta la rodilla.

—¡Bribón! —Ella intentó sacudirse la falda para bajarla, pero él simplemente la empujó hacia arriba y comenzó a quitar su botín—. ¡Esto es de lo más indecente!

Él levantó la vista, toda su boca curvándose en una sonrisa.

—Solamente compruebo su tobillo para asegurarme de que no esté roto. Ponga sus manos en mis hombros para estabilizarse.

Elizabeth vaciló y luego colocó provisionalmente la mano en uno de ellos, para no caer, por supuesto, y respiró hondo. Su hombro *era* tan duro como el granito. No se lo había imaginado. Tan bronceado como estaba, él tenía que soler realizar una gran cantidad de trabajo al aire libre. Echó un vistazo a su ropa. De corte simple, pero limpio; su capa de estambre de lana.

Su cálida mano se cerró sobre su pie, sus largos dedos presionando suavemente alrededor de su tobillo. Espinas diminutas de calor corrieron por su pierna y su respiración se obstruyó.

Él pareció no darse cuenta mientras cuidadosamente volvía a deslizar su bota.

—Parece un esguince. Usted necesitará reposarlo durante unos días.

Elizabeth inclinó su cabeza. Teniendo trabajo voluntario realizado en un hospital de Londres, ella estuvo de acuerdo con él.

—Le ruego me diga, ¿es usted un médico, joven?

—No. Sólo un soldado que ha atendido más hombres heridos de los que puedo contar. —Puso un brazo detrás de sus rodillas, el otro debajo de sus brazos y se paró en un solo movimiento.

—¿Qué está haciendo? ¡Bájeme!

—Usted no puede caminar, señorita... ¿cuál es su nombre, por cierto? No luce familiar.

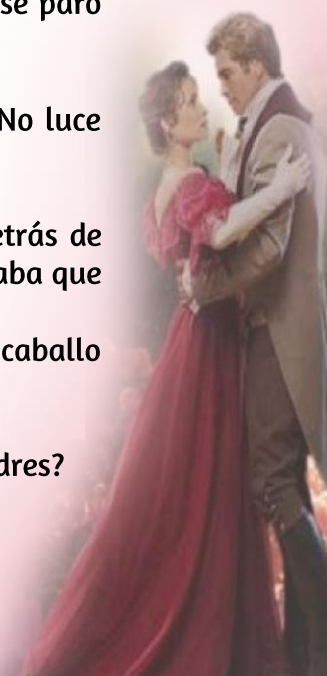
Estuvo sentada de lado en su silla antes de que pudiera responder.

—Elizabeth Townsend —dijo mientras él se balanceaba para montar detrás de ella—. Acabo de llegar hace dos meses. Mi tío es el conde de Dewberry. —Esperaba que no le hubiera intimidado, pero él se limitó a asentir.

—Entonces no está lejos de casa. —Él la acunó con un brazo y volteó su caballo en esa dirección—. Mi nombre es Darian. Mis padres viven en la siguiente finca.

Elizabeth sintió que sus ojos se pusieron redondos.

—¿Vive usted en la propiedad del duque de Stafford? ¿Qué hacen sus padres?



—En su mayoría, administran la propiedad.

Su madre debe ser la hacendada entonces, y su padre, probablemente, el mayordomo. Eso explicaría sus modales y buen habla. Pero en realidad no era educado curiosear.

Él sonrió y cambió de tema.

—Si voy a llevarla a casa antes de la puesta del sol, tendremos que retomar el paso. Ponga sus brazos alrededor de mí y sosténgase fuerte.

Ella realmente no debería. Era terriblemente escandaloso... pero, ¿quién iba a ver aquí en el campo? Deslizó un brazo hasta el otro lado de su estrecha cintura.

Su sonrisa se ensanchó y él tomó su otro brazo, tirándolo a su alrededor hasta que ella se presionó firmemente contra la dura pared de su pecho. Inhaló el aroma limpio y masculino de él, ligeramente jabonoso, con un toque de especias también. Se sentía... bien.

—Ahora sosténgase —dijo, y el caballo se tambaleó al galope, de regreso a casa.

—¡Oooh! ¡Una invitación al baile del Duque! —Los rizos dorados de Julianna se sacudieron mientras agarraba el sobre pergamino de color marfil que el portero acababa de entregar—. ¿Tendremos tiempo para tener vestidos listos?

Isabella sacudió la melena de cabello rubio pálido detrás de ella y le arrebató el sobre.

—Depende de cuándo sea, ganso. —Recorrió la invitación rápidamente y sus ojos violetas se ensancharon—. Es una semana a partir de este sábado.

La preocupación se demostró en los ojos de color del trigo de Julianna

—Sólo tenemos una costurera aquí en la finca. Ella nunca será capaz de tener dos... —Su mirada se dirigió a Elizabeth que estaba trabajando en silencio en su bordado en la ventana del solar—... o tres vestidos listos en ese tiempo.

—Bueno, ella simplemente tendrá que trabajar hasta que sus dedos queden en el hueso entonces —contestó Isabella—. Elizabeth puede llevar uno de mis otros vestidos.

Elizabeth levantó la vista de su trabajo.

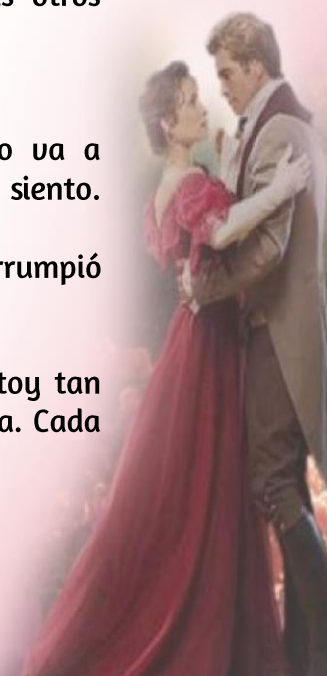
—¿La invitación me incluye a mí?

—Dice "familia" —contestó Julianna—. Estoy segura de que papá no va a ocultarte como un pariente pobre... ¡oh! —Su mano voló a cubrir su boca—. Lo siento. Yo no pretendía impli...

—¿Presumes que el hijo del Duque regrese del Continente? —interrumpió Isabella.

—¿Cuál? —preguntó Julianna.

—El heredero del Duque, por supuesto, el marqués de Bington. Estoy tan deseosa de verlo antes de mudarnos a la ciudad y que comience la Temporada. Cada debutante se lanzará a sus brazos y papá piensa que nosotros congeniaríamos.



—Yo casi no lo recuerdo —respondió Julianna—: pero creo que su hermano, Edward, tenía un *tendre*¹ por ti. Recuerdo que hace varios años se ofreció a sacudir el polvo de tu falda en un picnic.

—Sólo porque era un granuja incorregible incluso entonces. —Isabella trató de sonar arrogante, pero ella se sonrojó un poco—. Desde luego, no lo permití.

Los ojos de Julianna se agrandaron.

—¡Por supuesto que no! ¡Papá tendría una apoplejía si se hubiera enterado!

—Sí, bueno. Edward demostró ser completamente un libertino hace dos años, arruinando la reputación de esa chica Johnson y luego no ofrecerse para casarse con ella.

Julianna asintió.

—Ni siquiera cuando su hermano lo desafió.

—El duelo es ilegal. El Duque hizo la mejor cosa enviando a Edward a Italia.

—¿Lo estás defendiendo?

—¡Por supuesto que no! —espetó Isabella—. Es sólo que la chica Johnson era algo así como un marimacho. Sin duda pensó en atrapar a Edward en matrimonio.

—Bueno —suspiró Julianna—, resultó ser mejor para ella. Se las arregló para casarse con un vizconde un año después. Edward estaría a salvo si volviera a casa.

—Pero él no tendría un título.

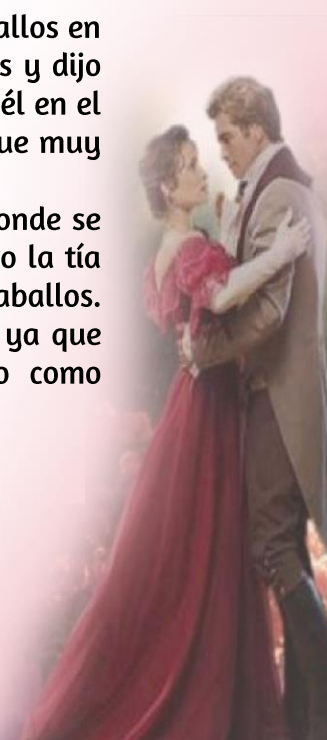
Elizabeth se volvió hacia su bordado mientras Isabella parloteaba acerca de los logros del hijo del Duque, el marqués de Bington, quien había sido distinguido en la guerra peninsular luchando con la Brigada de Kempt bajo el mando de Arthur Wellesley, duque de Wellington. Las chicas empezaron a reírse, mientras también intercambiaron chismes y escándalos que habían oído acerca de las aventuras de Edward en Italia. Al parecer, el segundo hijo del Duque era una especie de libertino dondequiera que fuera.

Ella sonrió, pensando en Darian y cuan agradable y servicial había sido. El Conde había enviado un carruaje a buscarla el día que aterrizó en el charco y ellos habían sido encontrados en el camino. Ella había tenido que tomar sólo un vistazo a la ceja levantada del cochero para saber cuan totalmente inadecuada era su disposición de asiento del caballo y se había deslizado a toda prisa, saltando en un pie hasta que Darian sacudió la cabeza y la llevó hasta el carruaje de dos caballos en espera. Se ofreció a escoltar la calesa a casa, pero Elizabeth le dio las gracias y dijo que no era necesario. Ella suspiró, preguntándose si conseguiría un vistazo de él en el baile. Probablemente no. Los soldados que eran hijos de los sirvientes, aunque muy bien ubicados, no podrían aparecer en un baile de la nobleza.

—¡Ay! —Ella sorbió la pequeña gota de sangre de la yema del dedo donde se había pinchado a sí misma. Bordar no era nada que ella disfrutara hacer, pero la tía Catherine había fruncido el ceño al enterarse de que había sacado uno de los caballos. Con el fin de evitar ser expulsada de los establos y los caballos que amaba, ya que tenía que cuidar su pie de todos modos, se había rápidamente ofrecido como voluntaria para trabajar en un mantel para el altar de la iglesia.

—¿Estás herida? —preguntó Julianna.

¹ **Tendre:** del francés significa, sentimiento de cariño/suave/tierno/persona tierna, en español.



—No seas tonta —dijo Isabella—. Elizabeth difícilmente va a convertirse en una regadera por un pequeño pinchazo en el dedo.

Mientras las chicas volvieron a discutir las deliciosas habladurías concernientes al ahora aún más devastador lord Bington, sonrió un poco. Isabella tenía diecisiete y Julianna un año más joven. Ambas estaban ansiosas por la Temporada en la ciudad, donde un posible pretendiente podría convertirse en un prometido. Ambas eran bastante hermosas, Isabella, con su pálido cabello plateado y ojos violetas, siempre atraía la atención, mientras Julianna, con flexibles rizos dorados y brillantes ojos azules, rápidamente se hacía amiga de todos.

Elizabeth apartó hacia atrás un mechón de su propio cabello castaño. Su tío le había dicho que iba a asistir a los bailes también, pero a los veintidós, sabía que casi clasificaba para ser puesta en el anaquel como una solterona. Ella no estaba ansiosa por la Temporada. La parroquia de su padre había estado en las afueras de Mayfair y estaba familiarizada con las reglas y las expectativas no escritas de la *alta sociedad*. Incluso si el Conde fuera a proporcionar un pequeño dote, lo cual él nunca había mencionado, ella difícilmente sería un buen partido para cualquiera de los jóvenes pretendientes que esperan mejorar su situación a través del matrimonio.

Lo más que podía esperar era casarse con el hijo de un comerciante, o, posiblemente, un arrendatario... ¿o un soldado? Ella sonrió. Darian serviría de muy buena manera. Un soldado profesional no era nada de qué avergonzarse y sin embargo, sin título nobiliario, él no llegaría demasiado alto. Tal vez debería preguntarle a su tío al respecto.

Si sólo pudiera captar un vistazo de Darian cuando fuera al baile.

—Ahora recuerda —dijo Isabella a Juliana cuando descendieron del carruaje la noche del baile—, una ondulación de la mano izquierda con tu abanico significa, "ven aquí" y una ondulación de la mano derecha es un coqueto, "Tú eres demasiado atrevido". Y, por amor del Cielo, ¡no cierre tu abanico y toques tu cara con él!

Julianna rodó los ojos y luego se rio.

—¡Oh, Señor! Ciertamente, no voy a decirle a un hombre que lo amo con un gesto del abanico.

—Y también recuerda —continuó Isabella—: no coquetees cuando nos presenten a lord Bington. Si ha de ser *mi* esposo, no lo hará teniendo a mi hermana arrojándose a él. —Ella se alisó la falda del vestido lavanda moaré que hacía que sus ojos se vieran aún más de un brillante púrpura—. ¿Cómo me veo?

—Como una futura Marquesa. —Julianna le sacó la lengua a su hermana—. Quizás lord Bington sea de cabello gris y calvo. *Tiene* casi treinta.

Elizabeth sonrió ante eso mientras seguía a las chicas por las escaleras hasta las enormes puertas dobles de la entrada principal. Treinta probablemente parecía viejo para ellas aunque Isabella se había obsesionado con el título de Marqués de lord Bington, y su futuro título, una vez había escuchado que el hijo del Duque estaba



en efecto de regreso del Continente. El Conde incluso hizo un viaje a la finca del Duque, supuestamente para discutir la reproducción de uno de sus andaluces, pero Elizabeth sabía por los susurros excitados y risitas cuando había regresado, que él también había comenzado a zumbiar en el oído del Duque sobre un posible emparejamiento.

Bueno, al menos Elizabeth no tenía que preocuparse por hacer un enlace adinerado. De hecho, ya que no sería adecuada para un miembro de la nobleza, ella podría realmente relajarse en estos eventos. Miró hacia atrás, abarcando el amplio jardín con la mirada, pero por supuesto, Darian no estaba allí. Probablemente estaba con los otros guardias en sus habitaciones detrás de los establos.

Una criada esperando tomó sus abrigos mientras entraban y el Conde dio su tarjeta al mayordomo que hizo un gesto a la corta fila de recepción.

William Armstrong, el duque de Stafford, era un hombre sorprendente. Aunque en sus cincuenta y cinco años, con su cabello aún muy oscuro y parado con la espalda tan recta como el coronel que había sido una vez. Junto a él, su mujer menuda que parecía una delicada hada con el cabello del color del maíz sedoso y un vestido que brillaba en colores iridiscentes de verdes y azules. Su hijo no estaba por ningún lado.

—Sus Gracias. —Elizabeth hizo una reverencia cuando se anunció su nombre.

La Duquesa inclinó la cabeza.

—Escuchamos la terrible desgracia de sus padres y ofrecemos nuestras condolencias.

—Gracias —dijo Elizabeth—. Fue generoso de tío James acogerme.

—Pero, por supuesto que lo haría —respondió la Duquesa.

La mirada del Duque se desvió por encima de ella y luego se volvió a Isabella. Una mirada de aprobación cruzó su rostro.

—Mi hijo, al parecer, está bastante imperdonablemente tarde esta noche; sin embargo... Oh, aquí viene ahora. Lady Isabella, lady Juliana, señorita Elizabeth: ¿me permiten presentarle a mi hijo, el marqués de Bington?

Los pies de Elizabeth se sentían como si estuvieran atornillados al suelo y sus piernas se sentían pesadas como el hierro, pero su cabeza se sentía extrañamente ligera, como si no conectara con el resto de ella.

El heredero del Duque era Darian.

Logró dar una rígida reverencia, evitando mirar su rostro.

—Mi Lord —dijo ella y luego la sala empezó a balancearse.



Capítulo 2

Darian dio un salto cuando Elizabeth caía al suelo. Pasó un brazo alrededor de su cintura, apoyándola, y suavemente empujó su cabeza hacia abajo.

—Tome algunas respiraciones profundas —dijo.

Ella se aferró a su brazo e inhaló y exhaló lentamente. Después de unos minutos, levantó su cabeza, esperando no verse tan avergonzada como se sentía.

—Estoy bien ahora. No estoy segura qué sucedió.

—Estuvo a punto de desmayarse, querida —dijo la Duquesa—. Quizás debería recostarse y descansar. —Antes que Elizabeth pudiese protestar, la Duquesa convocó a una criada y un lacayo para escoltar a Elizabeth a un aposento escaleras arriba.

Darian la observó irse, preguntándose qué había causado que palidciera tan de repente. No creía que Elizabeth fuera del tipo de desmayarse, dado que ella había caído de su caballo sin nada más que un gemido. Tal vez, era más frágil de lo que parecía. Había sido tan ligera como una pluma en sus brazos ese día... y suave cuando ella se levantó, la parte inferior de sus pechos asentados sobre su brazo. Muy suave.

—Estoy segura que Elizabeth estará bien —dijo Isabella a su lado.

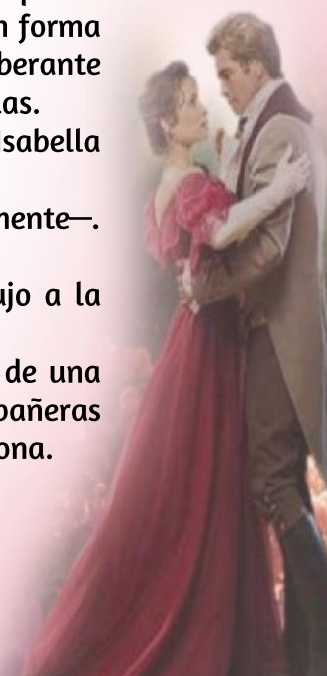
Él la miró. Cuando se fue para unirse a Wellesley en Iberia al inicio de la Guerra Peninsular, Isabella era una niña de... ¿diez?... ¿Tal vez once? Ella había sido una niña tan delicada, logrando mantenerse inmaculadamente limpia incluso cuando el resto de los niños estaban sudorosos, con hierba o manchas de suciedad en la ropa. Recordó burlarse de ella sobre eso una vez y ella le dio una mirada de reproche. Un poco de la misma manera en que lo estaba mirando ahora. No podía negar que se había convertido en una impresionante belleza, con su delicadeza, su rostro en forma de corazón, cabello claro y ojos de un violeta profundo. Tan diferente del exuberante cabello caoba de Elizabeth, y sus inusuales ojos grises, luminiscentes como perlas.

—¿Has olvidado tus modales, Darian? Estoy segura que lady Isabella disfrutaría de la cuadrilla que está comenzando —dijo su madre.

—Cuan grosero de mi parte. —Darian hizo una reverencia automáticamente—. ¿Le importaría bailar, lady Isabella?

—Por favor llámeme Isabella. —Puso su mano en su brazo y la condujo a la pista de baile para unirse al conjunto.

Vio como ella reía y revoloteaba de un hombre a otro con la ligereza de una mariposa. Levemente coqueta, pero no tanto como para alterar a sus compañeras femeninas. Completamente confiada y tan a gusto como sería cualquier anfitriona.



Darian miró al otro lado de la habitación donde su padre permanecía, comprometido en la conversación con el Conde. El Duque ya le había dicho que Dewberry había sugerido una alianza matrimonial con Isabella. Y él sabía, que como hijo mayor y heredero del ducado, sería esperado para casarse y tener hijos. Evitó la responsabilidad todo el tiempo que pudo, quedándose en el Continente para luchar junto a Wellington. Con el avance de Vitoria al poder francés en España hace un año, Wellington había tratado de enviarlo de regreso a Inglaterra.

—Para realizar su otro deber —dijo el General.

Darian había logrado interponer otro año de servicio.

No era que se opusiera al matrimonio exactamente. Lo que no le gustaba eran las falsas pretensiones que eran parte de la *alta sociedad*. Los matrimonios eran muy a menudo hechos por razones políticas o financieras y tanto esposos como esposas tomaban amantes. Eso no era lo que Darian deseaba. Él deseaba una mujer que disfrutara más de la vida del campo que de la ciudad y en realidad estaba interesado en algo más que moda y fiestas.

¿Quizás alguien que toma un caballo por su cuenta sin escoltas y no chilla cuando aterriza en un charco de barro?

Suspiró para sus adentros tan pronto como Isabella giró de nuevo hacia él para completar el patrón de baile. Envidiaba a su hermano menor, Edward. Si fuera el segundo hijo podría buscar el amor. Como el futuro Duque, se esperaba que se casase dentro de la nobleza. Realmente le horrorizaba la Temporada que venía con todos los tontos balbuceos a su alrededor como muchas polillas vestidas de blanco. Tontas y risueñas niñas, no era lo que necesitaba tras ver muerte y destrucción los últimos seis años, ni después de calentar la cama de tantas viudas solitarias.

—Un penique por sus pensamientos —dijo Isabella.

Él sacudió su cabeza

—Solamente pensando en estar de vuelta en Inglaterra.

Ella bajó sus pestañas y luego alzó la mirada hacia él.

—Me gustaría escuchar acerca de sus planes.

—A su debido tiempo lo hará —respondió con una sonrisa.

—Estaré esperando.

Darian miró a su padre nuevamente. Su madre ahora estaba a su lado. Siempre habían parecido felices y Darian sabía que su matrimonio había sido arreglado. Podría funcionar. Dewberry era un influente diputado y sus propiedades colindaban. Alianzas habían sido hechas por menos. Y había conocido a Isabella desde que era una niña. Sin duda, ella era una mujer hermosa.

Con todo, Isabella sería adecuada, supuso.

—Creo que a lord Bington realmente le gustas. —Julianna charlaba alegremente en el desayuno a la mañana siguiente—. Él bailó prácticamente cada baile contigo y apenas miró a otra chica.



Isabella sonrió con aire de suficiencia.

—Sospecho que estará pidiendo mi mano pronto. Quizás incluso antes de que comience la Temporada.

Elizabeth se obligó a tragar un bocado de gachas de avena repentinamente insípida y miró hacia su plato. ¿Cómo podía haber sido tan ingenua pensar que Darian, *lord Binghamton*, era un plebeyo? Él había dicho que sus padres manejaban la finca. Eran *dueños* por derecho del Rey. Si el ser heredero de un Duque no fuera suficientemente malo, el heroísmo de Darian, *lord Binghamton*, en Vitoria habría de asegurarle la mano de cualquier dama elegible de la nobleza.

La voz de Julianna era mucho más tenue.

—¿Eso significa que no tendrás una Temporada? Papá nunca me dejaría ser presentada este año si no fueras.

—¡Por supuesto que voy a tener una temporada! No me voy a negar toda la diversión y mundo social de la ciudad. Simplemente no voy a decir un rotundo "sí" hasta más tarde —respondió Isabella—. Además, si yo voy a ser una Marquesa, quiero integrarme con la *alta sociedad* para asegurar mi propia posición social. Nuestro padre es un Conde, recuerda.

Julianna soltó una risita, feliz nuevamente.

—¿Crees que algún pretendiente apuesto podría solicitar mi mano? ¿Tal vez Edward? Su Gracia dijo anoche que Edward debía regresar cualquier día.

—Ni siquiera pienses estar en su compañía sola —exclamó Isabella—. Él es demasiado mundano para ti y estarías en desgracia antes de que siquiera supieras por qué. —Ella se arrepintió un poco al ver el rostro caído de Julianna—. Realmente eres demasiado joven a los dieciséis años. Papá está permitiendo que consigas experiencia. Y, puesto que Elizabeth está incluida, estoy segura de que estaba destinada a actuar como tu chaperona.

Elizabeth dejó el tenedor abajo. Vomitaría si trataba de comer otro bocado. ¿Chaperona? Seguramente, ella no era *así* de vieja. Además de eso, nunca había estado casada o incluso cortejada. ¿Qué sabía ella de ser una chaperona?

—No estoy segura de ser adecuada —dijo.

Isabella entrecerró los ojos ligeramente mientras estudiaba a Elizabeth.

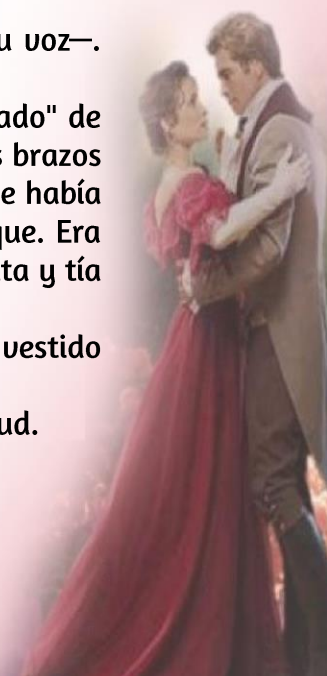
—Puede que tengas razón —dijo ella—. Te desmayaste anoche sin ninguna razón que pudiera ver. Quizás las multitudes no son la mejor cosa.

—¿Por qué te *desmayaste*? —preguntó Julianna, con preocupación en su voz—. No es propio de ti.

¿Qué podía decir? Ciertamente, no que el hombre que la había "rescatado" de un charco de barro y que pasó incontables horas relatando la sensación de sus brazos alrededor de ella y la dureza de su pecho mientras se apretaba contra sí, y que había pensado que podría tener un marido adecuado que resultó ser el hijo del Duque. Era suficientemente embarazoso que el Conde tuviera que traer el carruaje de vuelta y tía Catherine la había enviado a casa.

—Quizás mi corset fue atado demasiado apretado —respondió ella—. El vestido de Isabella, precioso como es, era un poco pequeño para mí.

—Entonces tendrás otros nuevos listos —respondido Julianna con prontitud.



—¿Vale la pena el esfuerzo? —preguntó Isabella—. Tengo varios vestidos que solamente han sido usados una vez. Después de todo, Elizabeth está un poco mayorcita para salir. —Se volvió hacia Elizabeth—. Pero no te preocupes. Papá encontrará un marido para ti, ya que estamos... relacionados. El hijo de un hacendado quizás. Creo que Tomas Delaney en la carretera tiene un hijo cercano a tu edad.

Julianna abrió mucho los ojos.

—¿Te refieres a John? Él debe tener más de cuarenta años y malhumorado además.

Isabella agitó su mano despreocupadamente.

—Una esposa puede curar el mal humor.

Elizabeth respiró profundamente y se levantó. Tenía que salir de la habitación antes de decir algo de lo que se arrepentiría.

—Por favor, no te preocupes por mi estado marital. Antes de que mis padres... fallecieran, yo iba a asumir una posición como institutriz. Es algo que probablemente todavía haré. —En realidad, eso era una idea brillante. Alejarse de aquí antes de que Darian, *lord Binghamton*, se corrigió por enésima vez, efectivamente se casara con Isabella. Elizabeth no quería estar presente para eso.

Julianna la miraba horrorizada.

—Papá nunca permitiría que un pariente trabajase como un plebeyo.

Elizabeth le sonrió. Julianna podría tener dieciséis, pero había sido protegida del mundo real y era entusiastamente optimista sobre la mayoría de las cosas. A diferencia de Isabella, que era ambiciosa y miraba por sus propios intereses.

—Pero, querida —dijo Elizabeth a Julianna—. Yo soy una plebeya. Mi papá era el hermano de tu padre, pero no tenía título y cuando decidió convertirse en un vicario, el Príncipe Regente recuperó sus tierras.

—Aun así —replicó obstinadamente Julianna—, estás viviendo con nosotros. Me gustaría tenerte como mi chaperona. Por favor, por favor, di que vas a quedarte... por lo menos para la Temporada. Te necesito.

Elizabeth volvió a respirar profundamente. Era difícil negar la seriedad de la petición de la joven.

—Sospecho que tendrás tus galanes envueltos alrededor de tu dedo meñique —dijo con una sonrisa.

—¿Eso significa que te quedarás? ¿Por favor?

Debería decir que no. Debería ir con el Conde mañana y decirle que deseaba ser una institutriz. Ella debería conseguir alejarse lo más posible de Stafford. Y sin embargo... una parte de ella quería quedarse. Para ver a Darian, *lord Binghamton*, de nuevo, aunque sólo sea desde la distancia. Tal insensatez. Debería escuchar a su cabeza...

Ella suspiró.

—Me quedaré, por lo menos para la Temporada.



Varios días después, Elisabeth escucho caballos a medio galope a través de las puertas y miró por la ventana del salón para ver a Darian desmontando en el patio. Un hombre de cabello castaño claro, rubio blanqueado por el sol, lo acompañaba.

Julianna se inclinó sobre su hombro.

—Ese es Edward. ¡Él está en casa!

—Déjame ver. —Isabella se movió rápidamente hacia ellas—. Darian no dijo que tenía previsto visitar esta mañana.

Elizbeth trató de no estremecerse ante el uso de Isabella de su nombre familiar. Sin duda, él le había pedido usarlo.

—¿No te acuerdas? —preguntó Julianna—. Lord Binghamton le dijo a papá en el baile que él quería ver cómo se criaban algunos caballos.

—Una dama no utiliza ese término —amonestó Isabella.

Julianna rodó los ojos y le sacó la lengua.

—¿Quién va a escuchar?

—Ejem. —Desde la puerta, el mayordomo se aclaró la garganta y Julianna se sonrojó, pero él simplemente se inclinó y le tendió una tarjeta—. Si están aceptando visitas, a los caballeros les gustaría verlas antes de dirigirse a sus negocios.

Isabella se alisó la muselina de su vestido de día y tocó sus rizos.

—Es un poco mal educado, pero este es el campo. Puede mostrarles el camino.

Elizbeth sentía una bandada de mariposas revoloteando en su estómago. Era demasiado tarde para hacer un escape. Tendría que pasar por la puerta hacia el pasillo. Se trasladó a un rincón, parcialmente bloqueada de la vista por una urna griega y trató de mantener la calma.

—Gracias por recibirnos con tan poco tiempo —dijo Darian mientras él y su hermano entraban en la habitación y hacían una reverencia en dirección a Isabella—. Edward regresó a casa ayer e insistió en que cabalgáramos esta mañana.

—He estado fuera demasiado tiempo y has crecido muy hermosa. —Edward se inclinó sobre la mano de Isabella y la besó. Luego se enderezó y le guiñó un ojo a Julianna—. Hola, Panquecito. Parece que has crecido también.

—Ella probablemente preferiría lady Julianna —dijo Darian.

—Supongo que ya no puedo llamarte más Panquecito desharrapado, ¿verdad? —dijo Edward—. No veo un cabello fuera de lugar o un desgarre en tu vestido en cualquier lugar, *lady Julianna*. —Pero él le guiñó un ojo de nuevo y ella se sonrojó.

—¿Dónde está Elisabeth? —preguntó Darian.

Maldición. Había esperado que no ser notada.

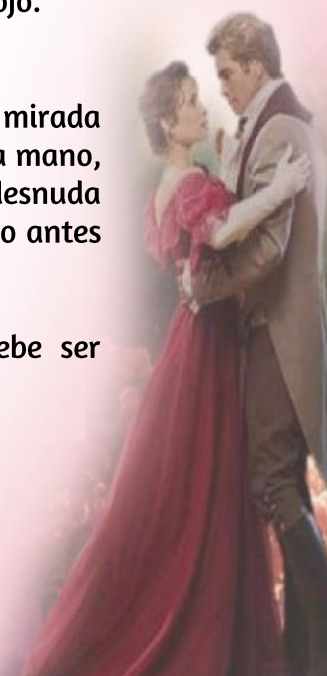
—Aquí. —Ella se apartó de las sombras. Se dio la vuelta, su brillante mirada verde barriéndola de arriba abajo y su rostro se calentó. Se acercó y le tomó la mano, la lleva al centro de la habitación. Sólo el simple toque de su mano desnuda cubriendo la suya envió un cosquilleo que le recorría el brazo. Extrajo su mano antes de que todo su cuerpo comenzara a temblar.

—¿Por qué se está escondiendo ahí atrás? —preguntó él.

—Sí, de hecho, ¿por qué mantenerse oculta? La belleza siempre debe ser mostrada y admirada —dijo Edward.

Darian hizo una mueca.

—¿Puedo presentarle a mi hermano, Edward?



Elizabeth lo miró, esperando encontrarlo impertinentemente escudriñando su cuerpo como cualquier pícaro de su reputación haría, pero en cambio lo encontró contemplando su cara. Sus ojos eran del color del whisky y tan claros. Por un momento más, la estudió y luego se volvió hacia su hermano y sonrió.

—¿Ella tiene un nombre o tengo que preguntarle yo mismo?

Darian se puso rígido.

—Por supuesto. Señorita Elizabeth Townsend.

—Ella es nuestra prima —agregó Julianna—, y ha venido a vivir con nosotros.

—Bueno, puedo ver por qué querías mantenerla para ti mismo, hermano.

Completo silencio encontró su observación. Elizabeth deseaba poder arrastrarse debajo la alfombra Aubusson.

Isabella se acercó y puso su mano sobre el brazo de Darian.

—Darian ha pedido a papá si él podría cortejarme.

Elizabeth rezó para que las tablas del piso se abrieran y se la tragaran.

La sonrisa de Edward se desvaneció.

—Ya veo. —Su mirada se sostuvo sobre Isabella durante un largo momento y luego se volvió hacia Elizabeth—. En ese caso, desde que no tengo que temer que mi hermano me desafiará cuando justo acabo de regresar, me gustaría solicitar el placer de su compañía durante un paseo en carruaje mañana, ¿si me lo permite? Con los lacayos adecuados asistiendo, por supuesto.

¿Podría negarse? ¿Se atrevería ella? O tal vez lo más importante, ¿debería hacerlo? Pensamientos desordenados volaban a través de su cabeza como palomas tratando de evitar un halcón. No tenía ni idea de por qué el hermano de Darian buscaría su compañía. Entonces se acordó de lo que había dicho Julianna sobre Edward teniendo un *tendre* por Isabella. Él estaba tratando de mantener su orgullo después de enterarse de su noviazgo. Y Elizabeth necesitaba mantener su orgullo también. Darian nunca debería saber cómo se había entretenido tontamente con pensamientos de ellos juntos. Ella levantó la barbilla y sonrió a Edward.

—Estaría encantada.



Capítulo 3

Darian no sabía por qué se sentía malhumorado con su hermano mientras caminaban atravesando el patio hacia las caballerizas del Conde. Edward siempre había sido locuaz y las mujeres siempre se habían sentido atraídas por él. ¿Entonces por qué se sorprendió cuando Elizabeth, la señorita Townsend, sonrió y dijo que iría a un paseo en carruaje? "*Estaría encantada*", había dicho ella. Tuvo un impulso repentino e inexplicable de decirle que no podía ir.

—¿Por qué tan adusto? —dijo Edward mientras entraban en el granero—. La crianza de caballos solía ser una de tus pasiones.

—Todavía lo es —respondió Darian mientras uno de los andaluces empujaba su cabeza lisa sobre la media puerta y los miraba con inteligentes ojos líquidos. Le acarició el hocico aterciopelado con aire ausente.

—Según recuerdo, Isabella cuidaba de no estar cerca de los caballos —dijo Edward.

Porque ella no quería que sus vestidos se ensuciaran. Una imagen de Elizabeth tratando de pararse en el camino, sus botas sumidas en el barro y su traje mojado con nieve medio derretida vino a la mente de Darian. Ni siquiera había comentado sobre la condición de su ropa. Ella había estado más preocupada de que el caballo volvería a casa solo.

—A ella todavía no le gusta. A Isabella no le atrae el aire libre. Estoy seguro de que está deseando trasladarse a la ciudad para la Temporada.

Edward sonrió.

—Tengo muchas ganas de todo lo que Londres tiene para ofrecerme a mí. Las mañanas en White, las tardes coqueteando con tontas ingenuas y las noches... —Se encogió de hombros, su sonrisa cada vez mayor—. Noches con una atractiva mujer de edad suficiente para corresponder al placer.

Darian lo miró con dureza.

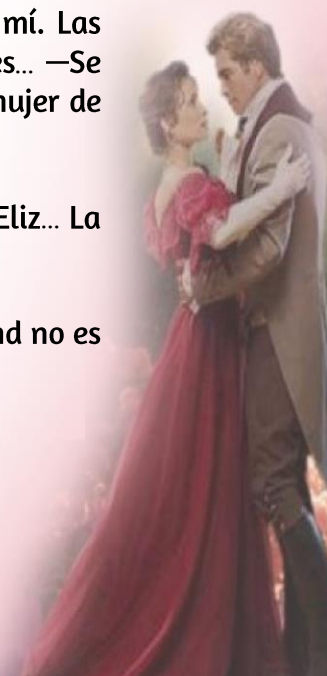
—Espero que no tengas ninguna intención de arruinar la reputación de Eliz... La señorita Townsend.

Edward le devolvió la mirada.

—He aprendido a ser discreto. Me atrevo a decir que la señorita Townsend no es una tímida inocente. Ella tiene más de veinte...

—¡Ella no es una viuda solitaria, Ed!

Su hermano arqueó una ceja.



—¿Discierno algún interés especial por tu parte?

No. Sí. ¿Qué había en Elizabeth...?

—Ella ha perdido a sus padres recientemente y no tiene hermanos o hermanas.

No me gustaría verte que la uses para un poco de deporte y luego descartarla.

Edward se las arregló para parecer insultado.

—Dame un poco de crédito por madurar mientras estaba en el exilio.

Darian lo estudió.

—¿Así que estás listo para sentar cabeza y casarte? ¿Empezar una familia?

—¡Dios mío, hombre! ¡Yo no he dicho que quería la sogá del párroco alrededor de mi cuello! Quise decir que tal vez he aprendido a apreciar ciertas cualidades en una mujer que no había notado antes.

Un destello rojo empañó la visión de Darian ante la idea de una Elizabeth desnuda yaciendo en brazos de su hermano.

—¿Cómo la madurez?

Edward se encogió de hombros nuevamente.

—Quizás. —Entonces él cambió la conversación—. ¿Cuándo decidiste cortejar a Isabella?

El estruendo furioso de la ira se desvaneció de la cabeza de Darian.

—Como heredero del ducado, mi responsabilidad es la de casarme con una noble y tener hijos. A pesar de que Isabella ansía las trampas de la *alta sociedad* de Londres mucho más que yo, la propiedad del Conde limita con la nuestra. Una buena alianza.

—¿Cuan romántico lo pones? Estoy seguro de que ella se impresionó inmediatamente cuando le dijiste.

—No he mencionado el matrimonio todavía, sólo hacerle la corte. Ella quiere una Temporada y tengo la intención de dejar que ella la tenga. Voy a estar merodeando en un segundo plano y ser lo suficientemente atento para que todas las madres ambiciosas sepan que ya estoy tomado.

—Tu futuro título por si solo garantizará que todavía todas lo intenten —dijo Edward.

Darian suspiró.

—Probablemente tengas razón. ¿Sabes que hubo momentos, luchando junto a Wellington, que me hubiera gustado haber sido el segundo hijo y no el heredero?

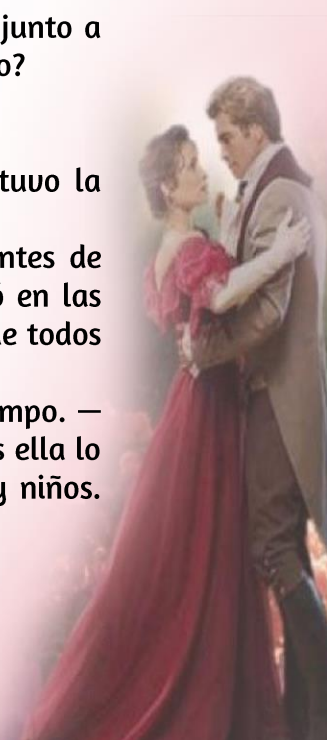
Edward lo miró sorprendido.

—¿Por qué?

—Él me dijo una vez, que cuando había sido sólo Arthur Wellesley, tuvo la libertad de soñar con lo que llegaría a ser.

—Se *convirtió* en un éxito. Fue diputado en el parlamento irlandés antes de cumplir la mayoría de edad, entró en el ejército, sirvió en la India, ascendió en las filas a General de División y luego recibió un puñado de títulos, no el menos de todos siendo "El duque de Hierro". ¿Qué más iba a querer?

—A veces anhelaba la paz y tranquilidad de una pequeña casa de campo. —Darian pasó la mano por la suavidad satinada del cuello de la yegua mientras ella lo acariciaba—. Yo sería muy feliz estando aquí en Stafford, criando caballos y niños.



Eres mucho más adecuado para las intrigas políticas y ese tipo de fiestas de la sociedad de Londres que yo.

Edward frunció el ceño, pero antes de que pudiera decir algo, Dewberry llegó atravesando las puertas del establo.

—Vamos a echar un vistazo al potro que tenía ganas de comprar para semental, ¿de acuerdo? —dijo el Conde con una sonrisa alegre—. Incluso podría agregar esa yegua de más adelante como parte de la dote de Isabella. Manteniendo los caballos en la familia, por así decirlo.

El pensamiento de la hermosa yegua siendo agregado a su establo debería haberle excitado. Ella tenía una excelente conformación y temperamento.

Por alguna razón, sin embargo, él no estaba tan emocionado.

La cocina estaba envuelta en llamas cuando Edward llegó en el carruaje la mañana siguiente, Darian cabalgando al lado. Ambos hombres acometieron a toda marcha, bordeando la brigada de agua de los criados que pasaban cubos apresuradamente desde el pozo.

Darian encontró a Elizabeth a la cabeza de la fila, lanzando agua sobre las llamas que todavía estaban lamiendo su camino hasta la pared de madera. Su cabello se había soltado, hollín cubría su cara y su vestido de mañana estaba roto y chamuscado en el dobladillo. Ella tosió.

Él tomó el siguiente cubo de ella.

—Retroceda. Manténgase fuera del humo.

—Tengo que ayudar.

—No aquí. —Él tiró el agua y agarró otro cubo, mientras que Edward hizo lo mismo—. Esto no es ningún lugar para una mujer

Sus ojos grises se oscurecieron ante eso.

—Necesitamos todas las manos, incluso de una mujer.

Se dio cuenta de que la había hecho enojar, aunque no sabía por qué. Se suponía que los hombres protegen a las mujeres, maldita sea, no tienen que poner sus vidas en peligro.

—La falda completa en su vestido podría atrapar las llamas —le dijo Edward—. Tendríamos una tragedia incluso peor si consigue quemarse. —Tomó otro cubo—. Si quiere ser tan amable de ir al pozo, ¿quizás podría organizar dos filas así podríamos conseguir agua más rápidamente?

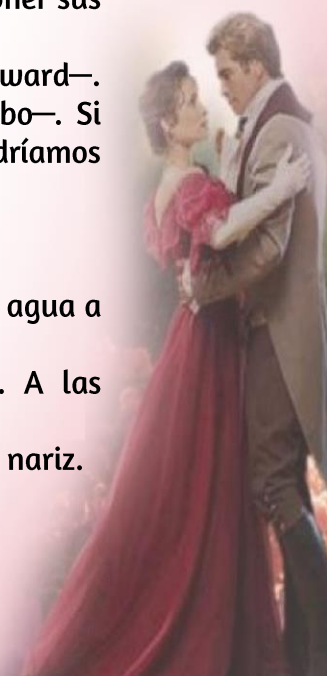
Elizabeth vaciló y luego asintió.

—No había pensado en eso. Por supuesto iré.

Darian dirigió una mirada a su hermano mientras ambos lanzaban más agua a las llamas cada vez más escasas y lo encontró sacudiendo la cabeza.

—Has estado en el campo de batalla demasiado tiempo, hermano. A las mujeres no les gustan las órdenes.

Dewberry irrumpió por el humo que salía, sosteniendo un paño sobre su nariz.



—Acabo de comprobar las otras habitaciones. Todo el mundo salió, gracias a Dios.

Cubos de agua llegaron más rápido ahora que la fila se había duplicado. Mozos de cuadra se unieron a ellos una vez que los caballos habían sido desatados en el pasto detrás de los graneros. A los pocos minutos, sólo cenizas humeantes ofrecían pequeñas volutas de humo.

—¿Dónde están Isabella y Panquecito?—Edward dejó el cubo vacío.

Dewberry señaló.

—Por el huerto con su madre.

Darian miró en esa dirección. Varias mujeres se acurrucaban alrededor de lady Dewberry, agarrando a los niños pequeños. Isabella y Julianna estaban cerca. Por el aspecto de su cabello enredado y ropas sucias, parecía que Julianna había estado en algún lugar de la brigada de agua también, pero Isabella puede ser que acabara de salir de los cuidados de su doncella. El vestido color lavanda pálido que llevaba estaba impecable y su cabello prolijamente recogido. Una niña pequeña sucia se pegó a Isabella y ella sonrió, pero parecía forzado, incluso desde esta distancia. Ella retiró las manos de la niña, volviéndola en la dirección de las otras mujeres.

Darian negó con la cabeza y fue a buscar a Elizabeth. Ella estaba cerca del pozo y tenía su brazo alrededor de una mujer joven que sollozaba.

—Va a estar bien, Anna. No te pongas así. No es saludable para su bebé.

La criada puso una mano sobre su vientre ligeramente redondeado y sollozó.

—No fue mi intención hacerlo. No lo hice. ¡No quiero que el Conde me envíe a empacar!

—Estoy segura de que no hará eso, Anna —dijo Elizabeth mientras un joven de apariencia agobiada corrió hacia ellas y tiró de Anna entre sus brazos y luego se la llevó.

—¿Qué di... qué pasó aquí? —preguntó Darian mientras se acercaba.

Elizabeth suspiró y se hundió para sentarse en el borde del pozo. Darian se unió a ella.

—Anna vertió grasa caliente en la sal de la carne de cerdo en un tazón. La pajita de la envoltura del bloque de hielo estaba todavía en el suelo. Cuando Andy... —señaló hacia el joven todavía sosteniendo a Anna—... la sorprendió en la cocina, se volvió y golpeó una vela y el tazón. Al parecer, ella salió con él y nadie más estaba en la cocina.

Darian frunció el ceño.

—Ella merece ser enviada a empacar.

—Está embarazada. Andy planea casarse con ella, pero si se va, tendrá que irse también. —Elizabeth suspiró de nuevo—. Además no tiene un lugar a donde ir. Ella es huérfana.

Al igual que Elizabeth. Ella no necesitaba decirlo. La mirada en su rostro evidenciaba mucho. Darian tomó sus manos entre las suyas y ella se estremeció.

Sorprendido, las giró. Rojas, crudas ampollas cubriendo sus palmas de otro modo lisas, el efecto de las manijas de madera procedentes de los cubos.

—¡Estás herida!



Ella trató de apartarse, pero él se mantuvo firme, con cuidado de no tocar las áreas lesionadas.

—La llevaré de regreso a Stafford House y a limpiar estas heridas antes de que se produzca la infección. Tenemos hielo también, lo que ayudará con el dolor.

Antes de que pudiera protestar, le hizo señas a uno de los mozos de cuadra para traer su caballo. El muchacho regresó corriendo un momento después. Afortunadamente, su caballo no había sido desensillado y él elevó a Elizabeth sobre la silla y se acomodó detrás de ella.

—Parece que estás siempre rescatándome. —Ella trató de sonreír.

—Mi placer. —Hizo girar al caballo, golpeando los talones contra el flanco del animal. Darian envolvió su brazo alrededor de la cintura de Elizabeth, atrayéndola hacia sí y con la esperanza de que ella no se diera cuenta del repentino interés que su entrepierna estaba demostrando en la conexión. Estaba herida, se recordó a sí mismo, mientras sus pantalones se volvieron incómodamente apretados. Ella estaba herida. Necesitaba cuidados médicos. Hebras de su cabello azotaban en su rostro y gimió ante el tenue aroma a madreselva debajo del humo.

Ni siquiera se dio cuenta de que Isabella y Edward lo miraban fijamente mientras giraba al caballo y lo instaba a un medio galope a casa.



Capítulo 4

Lady Stafford los recibió en la puerta mientras Darian llevaba a Elizabeth por las escaleras y se dirigió al vestíbulo.

—¿Qué pasó? —preguntó la Duquesa—. ¿Está herida señorita Townsend? ¿No puede caminar?

Elizabeth se sonrojó.

—Puedo caminar, Su Gracia. —Levantó la mirada hacia Darian—. Son mis manos las que están heridas, no mis pies. Puede bajarme.

Él ignoró eso y llamó al médico mientras continuaba llevándola por un tramo de escaleras. Su madre quedándose detrás de él y una doncella que se escurrió por delante para abrir la puerta de un dormitorio. Explicó lo del incendio mientras dejaba a Elizabeth en la cama.

—¡Qué horrible! Por supuesto, vamos a esperar que la familia del Conde cene con nosotros cada noche hasta que la cocina pueda ser reconstruida —dijo la Duquesa cuando llegó el médico—. Voy a avisar a la cocinera.

Elizabeth se estremeció ligeramente a medida que el médico enjuagaba sus ampollas abiertas con alcohol.

—Suave, hombre —dijo Darian.

El médico alzó la mirada.

—La herida necesita ser limpiada antes de poner bálsamo en ella o se infectará.

Por supuesto que lo sabía. Había tenido whisky vertido en sus propias heridas más de una vez. Picaba como el tridente del diablo. Por la rigidez de sus hombros, sabía que Elizabeth estaba sufriendo, pero ella no gritó. Darian admiraba su fuerza y al mismo tiempo quería abrazarla y calmar su dolor. Era una sensación extraña y desconocida. Los hombres no mimaban a las mujeres. Las mujeres eran las criadoras y cuidadoras. Sin embargo, cuando el médico embadurnaba el ungüento en las ampollas y una lágrima se deslizaba por el rabillo del ojo de Elizabeth, empujó al hombre a un lado.

—Yo terminaré aquí.

El médico levantó una ceja y luego recogió sus cosas mientras Darian lo fulminó con la mirada.

—Por supuesto, mi Lord. —Él se fue rápidamente.



Darian se sentó en la cama junto a Elizabeth y recogió un trozo de lino. Giró su mano con la palma hacia arriba y gentilmente colocó la tela atravesándola y luego comenzó a envolver la mano.

—Siento si esto duele, pero no quiero que esté infectado.

—Está bien —dijo Elizabeth aunque su labio inferior temblaba.

Por un momento, sus manos se quedaron inmóviles, con la mirada enfocada allí. Él nada más quería atrapar ese labio inferior entre los suyos y morder suavemente y luego presionarlos completamente, besos lentos en su boca deliciosa hasta que ella se olvidara del dolor punzante en sus manos.

—¿Mi Lord? —La voz de Elizabeth sonaba un poco ronca.

Él apartó la vista y miró a sus ojos. Estaban nublados por el dolor, su color del gris de un mar tormentoso. Sintió una fuerte ola de deseo de eliminar el dolor arrastrándose sobre él y antes de que se diera cuenta, se inclinó hacia delante y le rozó los labios con los suyos.

La manija de la puerta giró y ambos se echaron hacia atrás como si un titiritero tirara de sus cuerdas. Los ojos de Elizabeth eran grandes y oscuros, su respiración superficial. Darian forzó una respiración profunda y rápidamente comenzó a vendar la otra parte mientras su madre entraba en la habitación.

—Todo está resuelto —dijo alegremente y luego miró de uno de ellos al otro. Un ligeramente ceño fruncido atravesó su cara antes de apartarlo suavemente—. Envié una nota con el lacayo para solicitar que un cambio de ropa le sea traído, señorita Townsend. No hay necesidad de que se vaya a casa cuando la cena será en dos horas. Usted puede descansar aquí. —Se dio la vuelta a Darian—. Creo que tu padre está en la biblioteca a la espera de la noticia sobre lo que pasó.

—Por supuesto. —Darian se levantó, sus ojos deslizándose sobre la boca de Elizabeth. Luego miró a sus ojos y se permitió esbozar una pequeña sonrisa, encantado de ver el cálido color de sus mejillas. Si sólo su madre no hubiera entrado... Se enderezó de repente. ¿Qué estaba pensando? Sus padres querían que desposara a Isabella. No tenía ningún derecho a estar jugando con Elizabeth. Ninguno en absoluto. Hizo una reverencia con rigidez.

—Espero que el dolor disminuya, señorita Townsend. Esperaré con interés ver a su familia en la cena.

El sonrojo desapareció de su cara y ella bajó los ojos.

—Por supuesto, mi Lord.

—Veré que un baño le sea subido a una bañera. —Lady Stafford miró de uno al otro de nuevo. Entonces tiró a Darian fuera de la habitación y cerró la puerta con un chasquido al final.



Capítulo 5

Elizabeth trató de mantener la mirada centrada en el plato delante de ella en vez de en Darian sentado justo en frente de ella a la mesa de la cena esa noche. Sintió que sus mejillas se calentaron con el recuerdo de su casi beso. La suavidad de sus labios rozando siempre tan delicadamente contra ella, los músculos de su abdomen se contrajeron. Ella gimió suavemente ante la inusual sensación y luego ligeramente tosió.

—¿Está bien, Señorita Townsend? —preguntó la Duquesa.

Ella inhaló lentamente.

—Estoy bien. Yo... algo se atoró en mi garganta.

—Aquí. —Edward sentado a su derecha, tomó su mano y la puso alrededor de la copa que él le tendió—. Beba un poco de vino.

—Gracias —A medida que llevaba la copa a sus labios, captó los ojos azules de Darian observando a Edward. Ella se giró hacia él—. Eso fue de ayuda.

Él le sonrió.

—Siempre es un placer hacer sentir mejor a una dama.

—Creo que me gustaría un poco más de carne. —Isabella dio a Darian una brillante sonrisa.

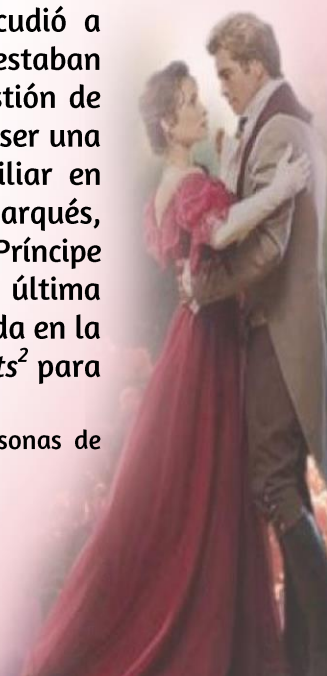
—Por supuesto —Apartó la mirada de Edward y agarró la bandeja de plata que contenía la carne en rodajas—. ¿Debería escoger por usted?

Isabella inclinó ligeramente su cabeza.

—Me gustaría eso, Darian.

Darian. El uso familiar que daba Isabella a su nombre de pila sacudió a Elizabeth trayéndola de vuelta a la realidad. Su tío, y también el Duque, estaban planeando que Lord Binghamton se casara con Isabella. Era simplemente cuestión de tiempo que se anunciara el compromiso. Su prima serviría naturalmente para ser una Marquesa, siendo anfitriona de *veladas* y bailes en la elegante casa familiar en Mayfair, asistiendo a recepciones y conciertos privados en Londres. Y como Marqués, se esperaba que Darian estuviera presente en la Corte cada vez que el Príncipe Regente así lo demandara. Por mucho que a Isabella le gustara saber la última tendencia de la moda, a ella le gustaría aún más la intriga y el chisme de la vida en la corte. También la pondría en la prestigiosa posición de tener jugoso *son-dits*² para

² *On-dits* del francés, se refiere a los chismes, habladurías que se compartiría con las personas de menor rango que no tienen acceso para enterarse de dichas cosas por su título.



compartir con el resto de la *alta sociedad* que tenía títulos menores. Una cosa que Elizabeth había aprendido tan pronto llegó a Newberry era que Isabella amaba la ciudad. Elizabeth era mucho más feliz en el campo. Por mucho que odiara admitirlo, Isabella se adaptaría a Darian muy bien en el cumplimiento de su deber con la nobleza. Y su otro deber... engendrar un heredero. Elizabeth alejó sus pensamientos de esa imagen, en realidad ella debía estar sorprendida por pensar como una ligera-defaldas, pero el recuerdo del casi-beso de Darian había encendido una chispa en su interior que hervía a fuego lento incluso ahora. Se obligó a centrarse en la conversación.

—Por supuesto, enviaremos a nuestros carpinteros para ayudar a reconstruir la cocina —comentó el Duque a su tío—. No tomará más que unos cuantos días.

—Se lo agradezco —respondió Newberry—, especialmente porque estaremos preparándonos para ir a la ciudad en tres semanas. Me gustaría que estuviera terminado.

—Supervisaré a los hombres, con su permiso —dijo Darian.

Ambos hombres asintieron con aprobación.

—Sería lo más apropiado —respondió el Duque.

—Y le dará algo de tiempo para familiarizarse con sus vecinos —añadió la Duquesa y sonrió a Isabella.

Elizabeth se sentía como si se hubiera tragado las afiladas puntas del tenedor junto con la compota de cerezas y crema de nata que había sido colocada frente a ella. La intención de la Duquesa era bastante clara, considerando que era demasiado educada para afirmarlo. La supervisión de Darian del trabajo también le permitiría a él y a Isabella pasar más tiempos juntos en una situación perfectamente apropiada. Sería una tortura ver a Darian cada día y tener que verlo cortejar a Isabella.

—¿Estará ayudando, Edward? —los ojos violetas de Isabella lucían inocentes.

Él le dedicó a Isabella una lenta y perezosa sonrisa.

—Tenga la seguridad. En todas las maneras posibles.

Isabella se sonrojó levemente y dejó que sus pestañas rosaran sus mejillas.

—Con dos hombres tan fuertes, apenas llevará tiempo todo entonces.

Elizabeth frunció el ceño ligeramente. *¿Estaba Isabella coqueteando con Edward con su casi prometido en su nariz?* Elizabeth miró al otro lado de la mesa para encontrarse la mirada azul de Darian fija en ella misma. Mientras que su cara estaba inexpresiva, sus ojos se oscurecieron cuando se encontraron con los de ella y Elizabeth sintió que su cara se calentaba. Rápidamente, bajó la mirada.

¿Cómo en este mundo iba a soportar los siguientes días?



—¿Deberíamos retirarnos a la sala de juegos para una partida de Whist?³ — preguntó Darian tan pronto los platos fueron retirados.

Edward alzó una ceja.

—¿Sin brandy y cigarrillos primero? Cuan sin duda poco Inglés.

—Una de las cosas que me gusta del campo —respondió Darian—, es que no tenemos que observar cada pequeño matiz de la sociedad. Quizá a las damas no les importe si tú tomas brandy mientras ellas toman jerez.

Se dirigieron a la sala de juegos y, mientras Darian servía las bebidas, Isabella elevó la voz.

—Creo que beberé brandy también. Nunca he probado alguno.

Darian frunció el ceño, pero Edward sonrió.

—Me gusta la mujer que no tiene miedo de experimentar.

Isabella le sonrió.

—Después de todo, esto es el campo. ¿Confío en que mi pequeña indiscreción no se rumoreará por ahí?

—Su secreto está a salvo con nosotros —respondió Edward.

Darian le entregó a cada uno una copa.

—¿Señorita Townsend? ¿Qué deseará?

Su deseo sería llamar al carruaje y volver a casa. Cuanto menos viera a Darian, mejor sería. Necesitaba persuadir a su necio corazón de no enamorarse de un hombre que no podía tener.

—Adelante y prueba el brandy. —Isabella bebió un sorbo—. Eres siempre tan formal y correcta.

Sus pensamientos *no* eran formales y correctos. Si supieran. Las mejillas de Elizabeth subieron su calor. Ella levantó el mentón.

—Brandy entonces.

Darian frunció el ceño de nuevo, pero él echó un poco en el vaso y lo hizo girar antes de entregárselo a ella. Su nariz le hizo cosquillas mientras el humo picante flotaba y estuvo a punto de estornudar. Isabella la observó por encima del borde de su copa. Elizabeth trató de no inhalar y bebió un sorbo. Y casi se ahoga. Jadeando, ella trató de hablar, pero las palabras no venían. Sus ojos se humedecieron. Isabella se echó a reír.

Qué vergonzoso. Elizabeth tragó saliva en varias ocasiones para someter al ataque de tos incluso cuando un par de lágrimas rodaron por sus mejillas. Señor, ahora tendría una cara hinchada y la nariz roja. ¿Cómo podría alguien beber esa horrible cosa?

Darian retiró la copa y la reemplazó con un pañuelo de lino. Su mano cubrió la suya y le dio un suave apretón.

—Va a pasar en un momento.

Ella negó con la cabeza, manteniendo la mirada baja mientras se limpiaba la nariz y la cara. No hay duda de que él y Edward pensaban que eso era chistoso también. Tonta Elizabeth. No podía ni siquiera tomar un sorbo de brandy. Se forzó a

³ El whist es un juego de naipes donde se utiliza una baraja francesa que consta de 52 naipes y se establecen dos parejas adversarias.



mirar hacia arriba. Edward estaba intentando no sonreír, pero la cara de Darian estaba seria.

—Lo lamento. Debería haberle advertido —dijo él.

—Está bien —alcanzó a decir finalmente y miró a Isabella que tenía casi terminada su bebida. ¿Cómo podía hacer eso? Elizabeth se enderezó—. ¿Vamos a jugar a las cartas, entonces?

Isabella le tendió la copa.

—Creo que tomaré otro brandy.

Edward sonrió.

—Voy a conseguirlo para usted.

Mientras avanzaban a la mesa, Isabella tomó asiento al otro lado de Edward, de este modo haciendo que Elizabeth fuera pareja con Darian. Miró de reojo hacia él, pero él se limitó a sonreír.

—¿Está lista para ganar, señorita Townsend?

Más que lista.

—Sí. Me encanta whist —dijo.

—Bueno, no es el faro⁴ —intervino Isabella—, pero, en el campo, tendría que servir.

—¿Qué sabe del faro? —Darian le entregó a Edward el mazo de cartas para barajar y luego colocó las cartas en frente de Isabella para cortar—. ¿Ha encontrado eso la forma de entrar a los salones de las señoras mientras he estado fuera?

Isabella bebió un sorbo de brandy y sonrió coquetamente.

—Me encontré con algunos caballeros en una fiesta una vez. Parecía un juego tan excitante.

—Los juegos de azar lo son siempre —respondió Edward con una sonrisa—. Tal vez cuando estemos de vuelta en la ciudad, se podría organizar un juego privado.

—¡Oooh! Me gustaría eso. —Isabella comenzó a aplaudir, casi derramando el brandy. Ella miró el vaso como si se preguntara de dónde había venido. Dejó la copa.

Darian repartió las cartas silenciosamente y giró la carta final boca arriba; la reina de diamantes.

—Los diamantes de triunfo —dijo y se volvió hacia Edward—. Tu truco.

Elizabeth miró sus cartas, con cuidado de no mostrar sus emociones. Tenía el rey de diamantes, así como varios números más bajos. El rey le aseguraría al menos un truco. ¿Quién tenía el as?

Edward dejó el ocho de espadas. Darian respondió con un nueve e Isabella triunfó con el diez de oros. Elizabeth miró. Chica tonta utilizar un triunfo tan alto. ¿Estaba ebria? Miró su mano otra vez. Ella ciertamente no quería perder a su rey y no estaba a punto de tirar la jota de picas puesto que el triunfo estaba por allí. Colocó el dos de espadas hacia abajo.

—¡Ganamos!— Isabella recogió las cartas.

⁴ El faro es uno de los juegos de círculo y casino más antiguos. Su objetivo es acertar el número de la carta que descubrirá el croupier.



Darian echó un vistazo a Elizabeth, una diminuta elevación, casi imperceptible en una esquina de su boca. Se preguntó si él había adivinado que ella había regalado el truco.

Isabella se rio y extendió la nueva carta y el siguiente truco fue ganado por Darian. Así fueron varios más, Elizabeth ganando tres, Darian otro y Edward dos. En el momento en que llegaron al decimotercer truco, Isabella estaba bostezando.

—Estoy completamente aburrida —dijo ella.

—Sin embargo, la puntuación es de ocho a cuatro —dijo Elizabeth—. No podemos dejarlo hasta que uno que tenga cinco puntos pase el mínimo.

Isabella volvió a bostezar, casi olvidando cubrir su boca con su abanico.

—El whist es aburrido. No puedo esperar a llegar a la ciudad en donde habrá diversión y emoción.

—Espero con ansias la Ciudad también —dijo Edward—. Italia tenía sus entretenimientos, pero nada como Londres.

—¿Y usted, señorita Townsend? —preguntó Darian—. ¿Espera con ansias la Temporada también?

—Nunca he tenido una Temporada —respondió Elizabeth—, pero no soy demasiado aficionada al hollín y el ruido y el olor de la mayor parte de Londres.

Isabella la miró parpadeando.

—Mayfair no huele mal. Tampoco Hyde Park. Dios misericordioso, ¿qué clase de vida llevabas allí?

Elizabeth podría haberse mordido la lengua. Por supuesto, Isabella no se habría encontrado con las partes menos deseables de Londres. No tenía ni idea de cómo vivían las clases trabajadoras o cómo las mujeres y los niños trabajaban doce horas diarias por una miseria que apenas ponía comida en sus mesas. Elizabeth no habría sabido tampoco, excepto que su papá insistía en servir como ministro a los pobres y su mamá trabajó como voluntaria en el hospital. Papá siempre dijo que practicar la caridad era bueno para el alma.

Ella se salvó de una respuesta por el mayordomo que apareció en la puerta, anunciando que el carruaje estaba listo para llevarlas a casa. Ella no creía que alguna vez hubiera estado tan agradecida por una interrupción.

A medida que Darian y Edward las escoltaron al exterior, ella trató de evitar mirar a cualquiera de los dos. Podría muy bien haber anunciado a los cuatro vientos que ella no era más que un pariente pobre y la caritativa causa de sí misma.

Darian ayudó a Isabella a entrar al carruaje y luego le tendió la mano a Elizabeth. A medida que ella puso su mano en la suya, sus fuertes y cálidos dedos se cerraron sobre los de ella y se inclinó acercándose, su aliento acariciando su oreja.

—Londres apesta —dijo.



Capítulo 6

A media mañana, las carretas comenzaron a llegar llevando la madera recién cortada del bosque entre Stafford y Newberry. Desde el muro quemado del comedor, Elizabeth observó como Darian bajó del magnífico andaluz que le había comprado a su tío. Sus músculos del muslo se ondulaban bajo los pantalones ajustados y la camisa de lino sencilla que llevaba detallaba sus hombros anchos y fuertes, haciéndole parecer igual de poderoso como el torso completo del semental a su lado. La elegancia del caballo, el pelaje negro-azulado reflejaba el cabello del color del cuervo de Darian en la luz del sol. Edward se unió a él y su tío se encontró con ellos en el patio, Andy a su lado. El joven estaba decidido a que el Conde no lo encontrara flojeando en la reparación de la cocina.

Anna también había puesto un esfuerzo extra, blanqueando los muros tiznados del comedor hasta que casi todo atisbo de humo había desaparecido. Elizabeth sonrió a la doncella puliendo vigorosamente las ollas de latón y se trasladó a ayudarla.

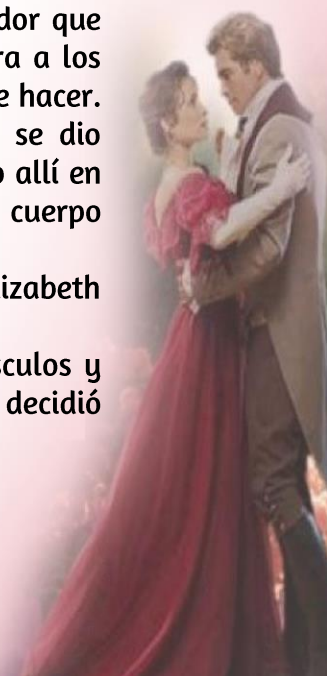
—La chimenea sigue en pie, ya que estaba hecha de piedra —dijo el Conde mientras, Darian, y Edward se acercaban a inspeccionar lo que quedaba.

—El armario parece haberse salvado. —Darian abrió la puerta de hierro de la pequeña zona acondicionada al lado de la chimenea destinada a mantener las cosas calientes—. Deberíamos ser capaces de tener el muro construido alrededor del hogar al final del día. —Hizo un gesto para que los hombres comenzaran a traer la madera.

Elizabeth observó con fascinación como Darian levantó los tablones con aparente facilidad y balanceó el martillo con la agilidad y la fuerza suficiente para conducir un clavo a través de la madera con un poderoso golpe. El ligero sudor que brillaba en su frente también humedecía su camisa y hacía que se le aferrara a los bíceps casi tan grandes como los de un herrero. Ella debería encontrar algo que hacer. Era mejor no mirar a Darian. Isabella no tenía tales escrúpulos, Elizabeth se dio cuenta, pero entonces, ¿por qué los tendría ella? Era su prometido trabajando allí en el exterior. Isabella tenía todo el derecho de ver su fuerte y musculoso cuerpo moverse.

Edward, trabajando junto a Darian, estaba igualmente bien formado. Elizabeth entrecerró los ojos. Isabella parecía estar disfrutando de *verlos* a ambos.

Edward levantó la vista justo entonces y sonrió, flexionando sus músculos y dando a su martillo un balanceo extra-potente. Isabella sonrió. Elizabeth decidió



retirarse a los recovecos más profundos de la casa. No serviría de nada que Darian la viera mirándolo embelesada como una prostituta de la calle.

Al pasar junto a Anna dejando el último de los hervidores, la criada hizo una reverencia y pareció vacilante.

—¿Desea preguntar algo? —preguntó Elizabeth.

—Hemos perdido la mayor parte de nuestros alimentos almacenados —le respondió Anna—, pero hay algunos limones que quedaron en el sótano. ¿Cree usted que a su señoría le importaría si hago un poco de limonada más tarde para los hombres?

—No creo que le importe en absoluto. Esa es una idea maravillosa.

—¿Y podría utilizar un poco de hielo también? Allí queda un poco.

—Por supuesto. —Elizabeth sonrió mientras se alejaba. Sin duda, Anna quería hacerse útil, pero el hecho de que su Andy estuviera trabajando lado a lado con el Conde y el marqués de Binghamton, así como lord Armstrong, probablemente era una tentación demasiado grande para resistirse. Ella querría impresionarlos a todos.

Elizabeth estaba acurrucada en una silla en la sala, sumergida en la lectura de una novela recientemente publicada titulada *Orgullo y Prejuicio*, cuando Julianna asomó la cabeza por la esquina de la puerta.

—Su Gracia ha enviado criados con la comida del mediodía —dijo—. Mi madre dijo que viniera a buscarte.

Elizabeth cerró el libro de mala gana, pensando en lo mucho que se identificaba tanto con Jane Austen, que había vivido en una rectoría, como con la heroína de la novela, Elizabeth Bennett. Incluso sus nombres eran los mismos. En el caso de la novela, sin embargo, la señorita Bennett tenía posibles pretendientes en Bingley y Darcy. No había ninguna posibilidad en prometerse con Darian. Quizás debería declarar un dolor de cabeza y permanecer en su habitación. Elizabeth suspiró. Difícilmente podía declarar un dolor de cabeza todos los días que estarían trabajando en las reparaciones. Y estaban las cenas por enfrentar. Sólo debería tener que ser fuerte hasta después de la Temporada, y luego encontrar un trabajo como institutriz en alguna parte, lejos de Stafford y Newberry.

Isabella estaba sirviendo limonada cuando Elizabeth entró en el patio y se dirigió a la mesa improvisada de tablón a la sombra de un gran roble.

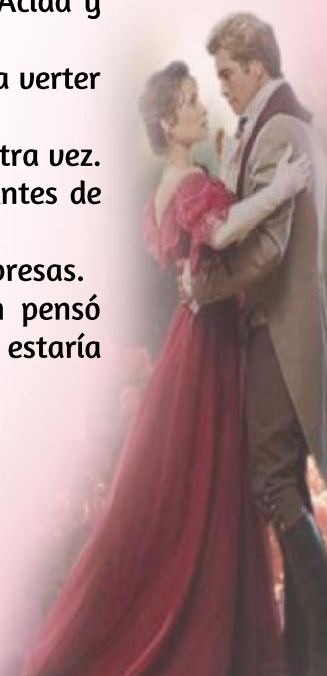
—Excelente limonada —dijo Edward mientras tomaba varios sorbos—. Acida y dulce. Justo como a mí me gustan las cosas.

—Gracias. —Isabella lanzó una mirada de reojo y sonrió antes de pasar a verter la bebida de Darian—. Espero que les guste a los dos.

Elizabeth miró de ella hacia una Anna consternada y luego de regreso otra vez. ¿Era Isabella la que se iba a va a llevar el crédito por el trabajo de Anna? Antes de que pudiera hacer una observación, su tío lo hizo.

—Es excelente. —El Conde sonrió—. Mi Isabella está siempre llena de sorpresas.

Sería sorprendente si Isabella *pudiera* encontrar la cocina, Elizabeth pensó sarcásticamente y luego fue superada inmediatamente con vergüenza. Papá estaría tan decepcionado de ella por ese pensamiento poco amable.



No se espera que una Marquesa en realidad cocine nada ni siquiera entrar en la cocina. Ella sólo tendría que dar órdenes al personal. Y eso era algo en lo que Isabella sería excelente.

Darian observaba a Elizabeth secretamente en la mesa de la cena de esa noche. Ella había estado inusualmente tranquila durante la comida del mediodía y había desaparecido en las entrañas de Newberry House poco después de que habían comido. Incluso ahora, parecía apagada y jugueteaba con el pudín en su tazón. La carne de venado en su plato apenas había sido tocada.

—¿Se siente bien, señorita Townsend? —preguntó. Su rostro se ruborizó, luego palideció y empezó a preguntarse si estaba realmente enferma.

Ella lo miró rápidamente y luego miró hacia otro lado como con miedo de sostener su mirada.

—Estoy bien. Gracias por preguntar, lord Binghamton.

Frunció el ceño ligeramente. ¿Por qué estaba siendo tan formal? Esto era una casual cena en el campo, no la corte. Aquí todo el mundo le podía llamar Darian.

—Oh, ella ha tenido su nariz metida en ese libro de Jane Austen toda la tarde —dijo Isabella—. Sin dudas está reviviendo alguna filosofía interminable de la señorita Austen. La encuentro de un increíble aburrido.

Las llamas gemelas se encendieron en las mejillas de Elizabeth, pero antes de que pudiera responder, Julianna intervino.

—¡La señorita Austen es una exitosa escritora! La admiro.

—¿Qué es admirable es estar sentado durante horas y horas redactando una historia? —Isabella sacudió la cabeza para que los tirabuzones que enmarcaban su rostro bailaran—. No puedo soportarlo. Ella debería *estar* participando en la sociedad, no sentándose por allí pensando. Cuan deprimente. —Ella le dedicó una sonrisa a Darian y luego a Edward—. ¿Puedo sugerir un juego de Mímic⁵ esta noche en vez de ese aburrido whist?

—La mímica sería una delicia —replicó Edward.

Lord Newberry se rió.

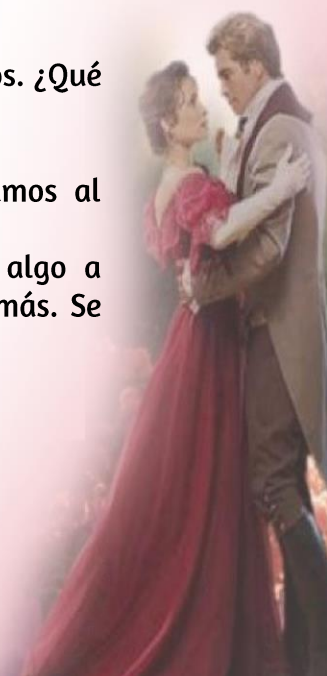
—Una excelente idea. Incluso nosotros "la gente vieja", podremos unirnos. ¿Qué dice, Stafford?

El Duque asintió.

—Creo que todos nos debemos un poco de diversión. ¿Nos trasladamos al salón?

Darian notó que Elizabeth parecía quedarse atrás. Ella le susurró algo a Julianna, quien pareció preocupada y luego asintió, antes de unirse a los demás. Se

⁵ Las Mímic⁵ son juegos de adivinanzas por medio de las mímicas.



sirvió ratafía⁶ para todo el mundo, mientras que su madre desgarró pedazos de papel para que Isabella escribiera las frases. Su padre aportó un sombrero de castor e Isabella puso los papeles en su interior.

—¿Quién va primero? —preguntó.

—Yo lo haré. —Edward se acercó al sombrero.

Darian se deslizó en el salón desapercibido mientras todos trataban de adivinar el pasaje de Edward. Elizabeth no había regresado. Ella no estaba en el comedor. Una consulta al sirviente que estaba en la puerta le aseguró que no había pedido un carruaje para ir a casa. ¿La biblioteca, tal vez? Caminó por el pasillo y abrió la puerta. Ella estaba sentada en una silla de cuero, una lámpara de aceite en la mesa junto a ella, absorta en un libro.

—¿Jane Austen? —preguntó.

Elizabeth se sobresaltó, el libro escapándosele de las manos.

—¡Mi Lord! Me ha asustado.

—Lo siento. Esa no era mi intención. —Darian se acercó a ella y agarró el libro. *Le Morte d'Arthur*⁷. No Jane Austen. —Él se lo devolvió.

—No. Los caballeros de Mallory de la Mesa Redonda siempre me han fascinado. Sus cuentos de caballeridad, el deber y el honor son fuente de inspiración.

Darian levantó una ceja.

—¿No está olvidando que el mejor caballero del rey Arturo lo traicionó?

Elizabeth alzó la mirada hacia él, sus ojos grises como perlas luminiscentes a la luz de la lámpara parpadeante.

—¿Lo hizo? Quizás Gwenhwyfar no debería haberse casado con Arturo. Tal vez sólo se casó con él... —Ella se detuvo abruptamente—. No me preste atención, mi Lord. Estoy un poco de mal humor, me temo.

—Yo no la culpo. Las declaraciones de Isabella estaban fuera de lugar. —Él tomó el libro y lo puso sobre la mesa y le tendió la mano—. ¿Le importaría tomar un poco de aire? —Él podía haber jurado que se sonrojó a la luz tenue.

—Yo-yo difícilmente pienso que sea correcto, mi Lord.

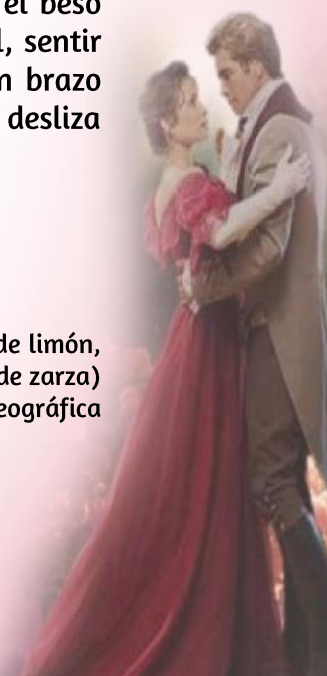
—Sólo un corto paseo por los jardines. —Él arqueó una esquina de su boca—. Los senderos están muy bien iluminados y prometo no llevarla al laberinto.

Ella se sonrojó ante eso. Le resultaba entrañable y de pronto anhelo la privacidad de los oscuros caminos que el laberinto les daría. Para completar el beso que casi sucedió, para sentir sus suaves labios abriéndose lentamente para él, sentir la piel sedosa, suave y cremosa de su hombro al descubierto. Para poner un brazo alrededor de su cintura esbelta y atraerla contra él mientras su mano se desliza lentamente por su corpiño... ¡jesús! ¿Qué estaba pensando?

Elizabeth se puso de pie.

⁶ Ratafia es un licor elaborado a partir de la maceración de distintos frutos (nuez verde, piel de limón, guindas, clavel rojo), hierbas (menta) y especias (clavos de olor, nuez moscada, canela, rama de zarza) en un alcohol de base, generalmente aguardiente. Según el método y costumbres de la zona geográfica donde se elabore, la composición varía considerablemente.

⁷ Significa "La Muerte de Arturo".



—Debemos volver al salón. He sido muy grosera en no participar en las mímicas.

Darian asintió y le ofreció el brazo.

—Como usted desee, señorita Townsend. —Mientras él la acompañó por el pasillo, actuando cada centímetro como un cortés caballero de la antigüedad, su mente indisciplinada sólo podía concentrarse en cómo podría ser tener a la dulce y deliciosa, tentadora señorita Townsend retorciéndose desnuda debajo de él en el suelo de la glorieta en el centro del laberinto. Sacudió la cabeza, recordándose a sí mismo que, como los caballeros de Arturo, él tenía el honor y el deber para defender también.

Pero era un pensamiento que no desaparecía, incluso cuando salieron a la luz brillante del salón e Isabella sonrió tímidamente hacia él.



Capítulo 7

Elizabeth dejó escapar un suspiro de alivio cuando, tres días después, Darian y Edward trajeron la última carretada de materiales a Newberry. Estos días pasados habían sido estresantes, tratando de no ser demasiado obvia para evitar a Darian y sentirse como si tuviera un cuchillo retorciéndose en su estómago cuando veía a Isabella coquetear con él. Aunque, Elizabeth tuvo que admitir también coqueteaba con Edward, a un punto donde los hermanos con frecuencia se fulminaban con la mirada el uno al otro.

Las noches eran peores. Después de su negativa a caminar con Darian en el jardín, él atendió a Isabella atentamente, preparando su plato en la cena y asegurándose de que el lacayo mantuviera su copa de vino llena. En el whist, Isabella reclamó a Darian como su pareja y Edward, sin duda para salvar su orgullo, consentía a Elizabeth como si realmente la deseara. Honestamente no sabía que era peor; tener al hombre que ella quería ignorándola o tener un novio cuyas atenciones ella no quería.

Bueno, la estructura estaba casi terminada. Esta noche, el personal de Newberry sería capaz de preparar la cena en su propia casa.

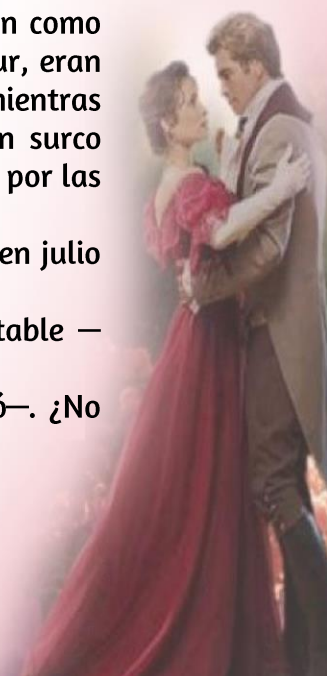
Ayer, construyeron una cava para el hielo para la cocina, de manera que el hielo, junto con su paja aislante, estaría contenida y la paja no era tan probable de incendiarse si cayera otra vela. Era el último grito en Roma, declaró Edward. Hoy, también estaban construyendo una bóveda, en cierto modo, en el sótano usando enormes piezas de estaño que retrasan el proceso de deshielo.

Los sirvientes, junto con el Conde y su familia, miraban con fascinación como grandes hojas de estaño, extraídas de Cornualles y fabricadas en Gales del Sur, eran tomadas con cuidado de la parte baja de la carreta. Elizabeth se estremeció mientras uno de los bordes afilados se enganchó en la esquina del vagón y talló un surco profundo en ella. Los hombres con guantes de cuero gruesos llevaron las hojas por las escaleras que conducían bajo tierra.

—Qué agradable contar con tener hielo cuando regresemos de Londres en julio —dijo Julianna—. Vamos a ser capaces de disfrutar de una limonada fría.

—Bueno, ciertamente hará que el provinciano campo sea más soportable —respondió Isabella—. Yo siempre echo de menos las comodidades de la ciudad.

—¡Será como tener nuestra propia heladería Gunther! —Julianna sonrió—. ¿No estás emocionada, Elizabeth?



Elizabeth no tuvo corazón para decirle a Julianna que probablemente no regresaría con ellos. Si ella estaba siendo una chaperona, tendría toda la intención de utilizar las reuniones de sociedad para descubrir información sobre un posible puesto de institutriz.

—Sospecho que una limonada fría sería bienvenida en un día caluroso de verano —dijo ella.

Un fuerte grito desde abajo, seguido por un sonido metálico pesado y más gritos, los tuvo a las tres de pie y corriendo del salón al patio. Julianna se quedó sin aliento y se llevó la mano a la boca mientras dos trabajadores se esforzaban para subir las escaleras de la bodega, Darian colgaba con un brazo sobre cada uno de sus hombros, los pies arrastrándose entre ellos. Su camisa estaba rota y un hilo de sangre caía por su pecho, pero lo peor era la sangre que fluía de su muslo.

—Creo que me voy a desmayar. —Isabella se aferró al lateral de la casa.

—Lleva a tu hermana dentro —le dijo a Julianna cuando la rozó al pasarla—. Luego manda a Anna que me traiga algunas vendas limpias. Dile a tu madre que envíe por el doctor. ¡Y date prisa! —Ella apenas se dio cuenta del rostro asustado de Julianna mientras asentía y tiró de Isabella al interior.

Elizabeth corrió hacia Darian, levantando su falda para desgarrar su enagua de muselina.

—¿Qué pasó? —preguntó ella cuando lo alcanzó.

—El estaño se deslizó mientras estábamos tratando de cortarlo —Uno de los trabajadores dijo con voz temblorosa—. Habría rebanado directamente a través del brazo de Andy. Su señoría lo atrapó en su lugar.

Andy se tambaleaba por las escaleras, luciendo consternado, mientras Elizabeth cayó de rodillas delante de un Darian apenas consciente.

—Espera. Tengo que detener la sangre antes de que lo llevemos dentro —dijo—. Andy, rompe una rama del árbol. —Envolvió la tira de muselina alrededor del muslo de Darian y envolvió los extremos alrededor de la ramita, girándolo hasta que estuvo lo suficientemente apretado para detener el flujo de sangre.

Lady Newberry los recibió en la puerta y los condujo por el pasillo hacia la habitación de invitados.

—Ponlo ahí. —Indicó hacia la cama donde una doncella había retirado a toda prisa la colcha—. He enviado un mensaje a Stafford.

Anna apareció con las tiras de lino, con los ojos abiertos y asustados. Detrás de ella, otra criada llevaba una pequeña olla de agua hirviendo. Edward pasó junto a ellos en la habitación y se acercó a Elizabeth. Julianna estaba en la puerta.

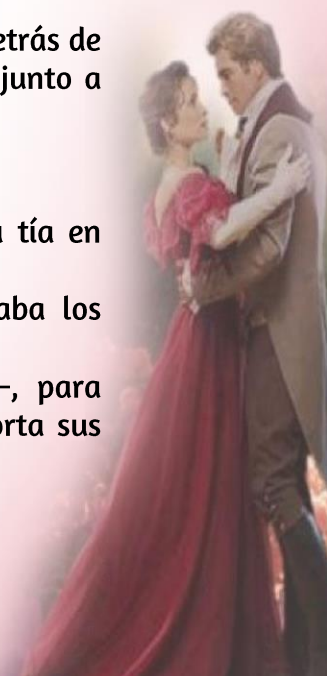
—¿Hay algo que pueda hacer? —preguntó en voz baja.

—Consígueme un poco de whisky —dijo Elizabeth.

—Este no es el momento para compartir bebidas alcohólicas —dijo su tía en tono de reproche.

Elizabeth hecho un vistazo rápidamente hacia ella mientras alcanzaba los botones de la camisa de Darian.

—Es para limpiar las heridas. Y... —añadió mientras Darian gemía—, para ayudar a aliviar su dolor. —Ella comenzó a quitarle la camisa—. Edward, corta sus pantalones y ten cuidado de no alterar ese torniquete.



Él asintió y deslizó una daga de su bota. El tejido hacia un fuerte y desgarrador sonido mientras cortaba a través de él.

—No es apropiado para una mujer soltera ver a un hombre en un estado de desnudez —dijo su tía con firmeza—. Edward puede atenderlo hasta que llegue el doctor.

—Eso va a tomar por lo menos una hora. —Elizabeth deslizó su brazo bajo los hombros de Darian y tiró de la camisa—. En ese tiempo, la infección puede haber comenzado. Sus heridas necesitan ser limpiadas ahora.

—¿Tiene un poco de conocimiento en atender a los heridos? —preguntó Edward mientras cortaba a través de la otra pernera.

—Mi madre trabajó como voluntaria en un hospital —dijo Elizabeth—. Tan pronto como tuve la edad suficiente para ayudar, lo hice. He visto a los cirujanos atender heridas de arma blanca de peleas callejeras con bastante frecuencia.

—Aquí está el whisky —dijo Julianna cuando entró en la habitación. Lady Newberry se volvió rápidamente y la empujó hacia atrás, pero no antes de que sus ojos se agrandaran al ver a un hombre casi desnudo tumbado en la cama.

—Eso servirá —dijo su madre—. Ve a unirte a tu hermana donde quiera que esté.

—Ella se ha quedado tendida. —Julianna salió de la habitación—. Ha sido completamente superada por la visión de la sangre.

Edward tomó la botella y se la entregó a Elizabeth.

—Voy a sostenerlo, mientras lo vierte.

Ella sostuvo la botella en la boca de Darian primero.

—Beba un poco —dijo—. Ayudará a eliminar el escozor.

Él puso su mano sobre sus dedos y sus ojos negros dilatados de dolor, miraban los suyos. Lentamente, él asintió y luego tomó tres tragos considerables. Él dejó caer la cabeza hacia atrás.

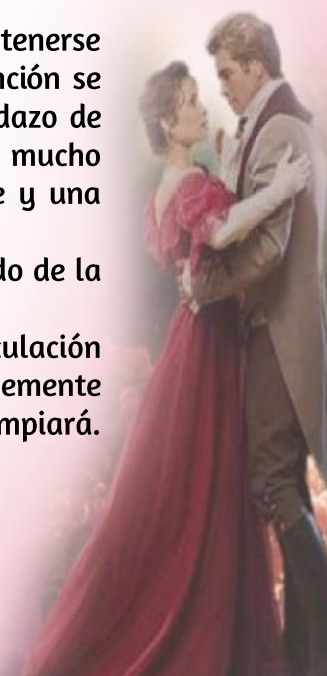
—Hazlo —dijo.

La herida en el hombro no era mala, más un rasguño profundo que se arrastraba por el bíceps esculpido y parcialmente a través de la dureza de su pecho. Elizabeth empapó un paño en agua hirviendo y suavemente lo apretó contra él, permitiendo que el vapor haga la limpieza inicial. Lo limpió cuidadosamente y luego derramó un poro del whisky sobre él. La mandíbula de Darian se tensó, pero se mantuvo quieto.

Elizabeth se movió junto a la cama hacia su pierna. Ella se obligó a mantenerse enfocada en la herida del musculoso muslo de Darian y no dejar que su atención se extraviara a otra área donde, afortunadamente, Edward había dejado un pedazo de los pantalones intactos. Elizabeth se obligó a concentrarse en la herida. Era mucho más profunda y requeriría costura. Ella disminuyó ligeramente el torniquete y una pequeña cantidad de sangre comenzó a fluir.

—¿No debería dejar eso puesto?—Edward se movió hacia ella al otro lado de la cama.

—Sí, pero he oído que los cirujanos dicen que es necesario facilitar la circulación o podría provocar otra amputación. —Elizabeth limpió la sangre suavemente alrededor de la herida—. Y tener sangre fresca mientras vierto el whisky la limpiará. —Ella miró a Darian—. ¿Quiere un poco más para beber?



Él negó con la cabeza.

—Haga lo que haya que hacer.

Elizabeth miró a Edward.

—Ponga su peso sobre él y mantenga su pierna lo más quieta que pueda.

Esperó a que Edward se pusiera en posición con un buen apretón en la pierna de Darian. Ella sostuvo la botella sobre él. Luego, tomando una respiración profunda y mordiéndose el labio, la vertió. Las manos de Darian se apretaron en puños agarrando la sabana y un gemido se le escapó, pero él no se movió. Aliviada, Elizabeth apretó el torniquete de nuevo.

—Ahora esperamos al doctor. —Mojó otro paño en el hervidor de agua y comenzó a secarle el sudor de la frente a Darian.

No mucho tiempo después, llegó el doctor, junto con el Duque y la Duquesa y el tío de Elizabeth. Su madre se acercó y le tomó la mano, mientras que los hombres se quedaron en silencio.

—¿Estás bien? —preguntó ella y moviendo la cabeza, miró al doctor—. ¿Él va a estar bien?

—Debería estarlo. —El doctor tomó aguja e hilo de costura de su maletín—. Este torniquete probablemente le salvó de morir desangrado. —Miró a Edward—. Buen trabajo.

—No lo hice yo —dijo Edward—. La señorita Townsend lo hizo.

El doctor pareció sorprendido.

—¿Cómo una dama aprendió a hacer algo así?

—Mi madre y yo nos ofrecimos como voluntarias en un hospital de Londres —respondió Elizabeth—. Tenían abundantes heridas que había que atender.

—Umph. —El doctor se inclinó para inspeccionar la pierna—. ¿Le ha lavado la herida?

—Sí, señor. Con whisky.

—Umph —dijo de nuevo y derramó un poco de alcohol en una taza y hundió la aguja y el hilo en ella—. ¿No es muy escrupulosa con la sangre?

—No, señor. No mucho, de todos modos.

—Bueno. Entonces mantendrá los pliegues de piel juntos mientras yo las suturo.

—Doctor, no es adecuado para Elizabeth ayudar —protestó su tía.

Él apenas levantó la vista.

—Ella ya ha visto lo que hay que ver. He descubierto que un toque femenino a menudo suaviza a un paciente. —Miró a Darian—. ¿Alguna objeción de su parte?

Darian sonrió débilmente.

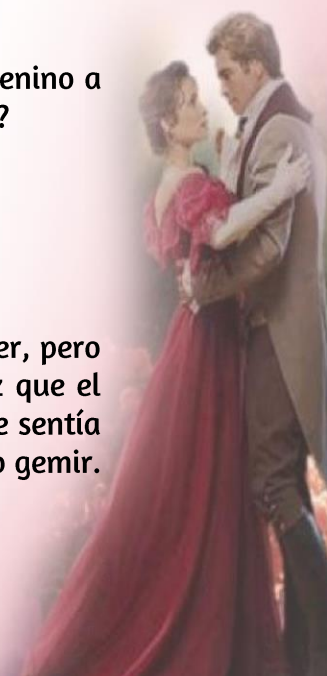
—Ninguna.

—¿Quieres un poco de láudano?

Negó con la cabeza de nuevo.

—Sólo hágalo.

Elizabeth sentía a Darian estremecerse cuando el doctor comenzó a coser, pero mantuvo la presión de sus manos firmes, sosteniendo la piel junta. Cada vez que el Doctor introducía la aguja y extraía el hilo apretando para cerrar la brecha, se sentía como si hubiera pinchado su propia piel y tuvo que morderse los labios para no gemir.



Darian estaba estoicamente inmóvil cuando el doctor terminó y luego le aplicó un ungüento y lo vendó.

El doctor se sentó de nuevo.

—Él no debe moverse durante dos o tres días. Dando tiempo a que los puntos de sutura se afiancen. El vendaje debe ser cambiado dos veces al día. —Miró a Elizabeth—. Ya que parece tener algunos conocimientos de enfermería, voy a dejar el ungüento y una botella de láudano con usted.

La Duquesa le puso una mano fría sobre el hombro de Elizabeth.

—¿Quiere hacer esto, querida? Puedo enviar a alguien de Stafford para administrarlo.

—No me molesta —dijo Elizabeth—. Cambiar vendajes no es difícil. —Ella volvió su atención a la organización de la sábana sobre Darian, no queriendo hacer contacto visual por temor a que alguien leyera sus ganas y deseo allí. Ella sintió su rostro calentarse mientras la culpa la inundaba. No debería estar esperando con impaciencia atender a Darian, a tocarlo, o incluso estar cerca de él. Ella debería estar evitándolo. Debería. Debería. Debería.

Robando una mirada de reojo a Darian, ella contuvo el aliento. Sus ojos verdes la estaban mirando y ella podría haber jurado, que centelleaban con diablura.

Dios la perdone. Él pertenecería a Isabella algún día. Pero iba a ser de ella en los próximos días. Dios la perdone.



Capítulo 8

—¿Cómo se siente? —preguntó Elizabeth la mañana siguiente, cuando le trajo la bandeja del desayuno a la cama. Julianna se deslizó detrás de ella para abrir las pesadas cortinas de damasco y dejar entrar la luz del sol.

—Mejor.

Darian se apoyó contra la cabecera, inhalando su dulce y cálido aroma de madreelva mientras ella se inclinaba sobre él para colocar la bandeja en su regazo. Ayer por la noche, cuando ella había venido a cambiar el vendaje en su muslo; apropiadamente supervisada por una negada lady Newberry, había estado demasiado dolorido como para apreciar el suave roce de sus dedos en la parte superior del muslo. Ahora, ya que había tenido un baño de esponja y una ayuda de cámara del Conde le trajo un pequeño paño fresco para llevar junto con una camisa limpia, se sentía como si se hubiera re-incorporado al mundo de los vivos. Esta mañana tenía la intención de disfrutar del contacto de las manos de Elizabeth sobre él en la máxima medida de los límites permitidos bajo la atenta mirada de algún acompañante. Una sonrisa comenzó a formarse en sus labios.

Ella le dirigió una mirada burlona mientras ponía una cucharada de azúcar en su avena y la revolvió.

—Parece estar en mejor espíritu esta mañana.

Si ella supiera donde sus pensamientos lascivos residían. Su mano se cerró alrededor de la piel satinada suave de su muñeca mientras levantaba la cuchara hacia él.

—Creo que puedo manejar esto —dijo—, pero me gustaría disfrutar de su compañía. Mañana, por supuesto, me uniré a usted en el comedor para el desayuno.

Su suave y deliciosa boca se frunció ligeramente.

—Ya veremos eso. El doctor dijo dos o tres días de descanso.

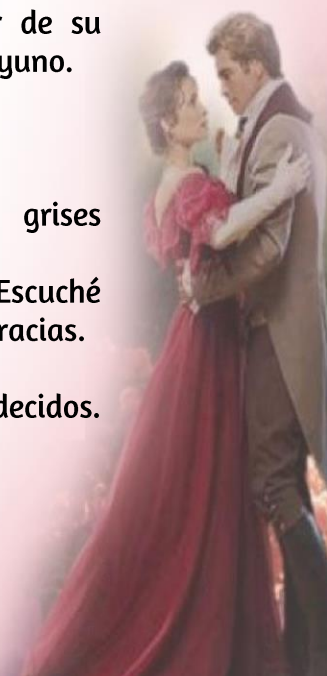
—Una orden que él sabe que no voy a seguir —replicó Darian.

—Hombre testarudo —contestó Elizabeth, pero sus ojos claros y grises retuvieron un indicio de risa.

—Determinado —respondió él con una sonrisa y luego se puso serio—. Escuché lo que dijo el Doctor ayer sobre el torniquete. Me salvó de morir desangrado. Gracias.

Las mejillas de Elizabeth se sonrojaron.

—Aprendí eso en el hospital. Pero usted es de quien deberían estar agradecidos. Salvó a Andy de tener su brazo cercenado o tal vez peor.



—Eso fue intuitivo. —Darian agitó su mano retando importancia, derribando el vaso con jugo que ni siquiera había notado en su bandeja.

Elizabeth agarró su servilleta de lino, secando la mayor parte del lío antes de que pudiera llegar a la sabana.

—Tal vez debería dejar que lo alimente después de todo. —Ella sonrió y se limpió un poco de jugo de su antebrazo.

Él también sonrió.

—Voy a tener que repensar su oferta.

—¿Estoy interrumpiendo? —Isabella preguntó desde la puerta.

Elizabeth se dio la vuelta, casi tirando el resto de la bandeja. Puso la servilleta sobre la mesa junto a la cama.

—Por supuesto que no. Por favor, pasa.

Isabella avanzó dos pasos en el interior y se detuvo.

—No me gustan los cuartos de enfermos.

—No está enfermo —dijo Julianna desde el asiento de la ventana—. Fue herido. Su hermana la desechó.

—No me gusta la visión de la sangre tampoco.

Por un momento, Darian estuvo tentado de tirar la sábana y desgarrar el vendaje de su pierna sólo para ver qué haría Isabella. Por los dientes de Dios. ¿Era la mujer tan delicada que no podía tener la visión de una herida cosida? Recordó la sangre salpicada que había cubierto la parte delantera del vestido de Elizabeth ayer. Ni siquiera había parecido notarlo... o la sangre en sus manos.

—Sólo he venido a solicitar información sobre su salud, Darian —dijo ella.

—Estoy mucho mejor —respondió—. Su prima se ha encargado de ello.

Isabella miró a Elizabeth y luego de vuelta a Darian.

—¿Está lo suficientemente bien como para que me acompañe a la cena que están teniendo mañana en la noche los Delaney? Recibimos la invitación ayer, pero con toda la conmoción, fue pasado por alto. —Ella sonrió a Elizabeth—. Papá ha hecho arreglos para que conozcas a John.

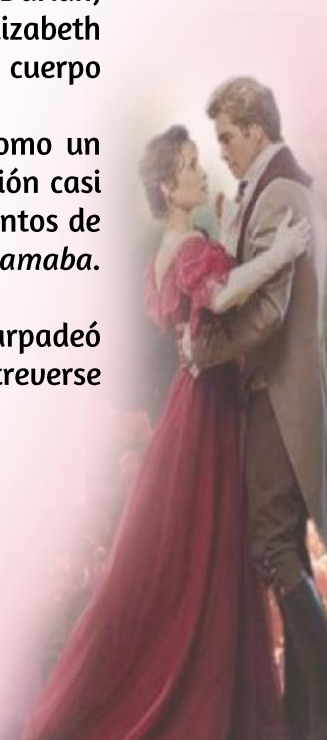
¿John Delaney? ¿Newberry pensaba que un gruñón de mediana edad sería una pareja adecuada para Elizabeth? Un estallido de cólera llameó a través de Darian, seguido de un pensamiento mucho más sarcástico. La dulce y dedicada Elizabeth casada con otra persona. Alguien que reclamaría su hermoso y exuberante cuerpo como suyo. Elizabeth dándose a sí misma a su marido.

La intensidad de su enojo aumentó, seguido por la aguda punzada como un cuchillo retorciendo a través de sus entrañas. Estaba celoso. La extraña emoción casi lo dejó sin aliento. Miró a Elizabeth, que estaba ocupada ordenando los elementos de la pequeña mesa. Por todo lo que era santo, él amaba a Elizabeth. Él la *amaba*. ¿Cuándo había sucedido?

—¿Darian? —Isabella irrumpió en sus problemáticos pensamientos. Él parpadeó y se centró en Isabella, preguntándose cómo en el mundo alguna vez podría atreverse a casarse con ella. ¡Maldito su deber ducal!

—Creo que el Doctor prescribió dos o tres días de descanso —dijo él.

Una de sus cejas se levantó.



—Ya veo. Bueno, entonces, ¿puedo imaginar que no podrías tener ninguna objeción si yo le pido a Edward que me escolte?

Darian la miró, sin sentir la más mínima punzada de los celos. Isabella y Edward deberían realmente verse muy bien. Los dos amaban la ciudad y el torbellino social de la *alta sociedad*. Darian estaría muy contento de permanecer en el campo y tenía la sensación de que Elizabeth también lo estaría.

—No tengo ninguna objeción —dijo.

—Bueno. Entonces debo ir y decidir qué ponerme. —Isabella volvió a salir.

Darian la observó marcharse. En silencio, maldijo la expectativa de que sus padres tenían que casarlo dentro de la nobleza.

Realmente era una lástima que Edward fuera el segundo hijo.

—Los puntos de sutura están sosteniéndose muy bien —le dijo Elizabeth a Darian la tarde siguiente cuando ella le quitó el vendaje. Conscientes de que su tía se cernía detrás de ella, ella recorrió con el dedo ligeramente en torno a la herida, teniendo cuidado de no rozar la mano en todo lo demás. Su pierna flexionada y se contuvo de querer recorrer la mano por los músculos esculpidos y vigorosos de su muslo. En contraste con la dureza de sus músculos, su piel era cálida y suave a su tacto. Cálida. No caliente.

—No hay ninguna infección —dijo con alivio—. Puede ser que sea bueno dejar que la herida tenga aire. Se curara más rápido.

—Bien. Me cansé de estar acostado en una cama de esta forma —dijo Darian.

—¿Debería leerle? —Elizabeth deseaba una excusa para quedarse, aunque sabía que cada minuto que pasaba en su compañía sólo añadiría dolor al dejarlo ir en un día o dos, cuando él estuviera bien.

—Me gustaría eso. ¿Quizás *Le Morte d'Arthur*?

—Iré a buscarlo —dijo.

Ella regresó unos minutos más tarde y Darian se asomó más allá de ella.

—¿Sin acompañante? —preguntó.

Elizabeth sonrió.

—Yo le dije que no pensaba que la lectura a un inválido con la puerta abierta constituirían un escándalo. —Ella llevó una silla cerca de su cama y se sentó—. Además, Isabella estaba toda agitada sobre alguna queja con el vestido que ella planea llevar esta noche.

Darian frunció el ceño.

—¿Qué está usted planeando usar?

—Yo no le he dado ningún pensamiento —dijo Elizabeth—. Tengo una muselina gris que será suficiente, pero supongo que mi tía elegirá algo del guardarropa de Isabella

—No pareces muy entusiasmada con eso.

—Los gustos de Isabella en la ropa son diferentes a los míos.



—A ella le gusta que se queden mirándola, ¿no es cierto? —preguntó.

—A la mayoría de las mujeres.

Darian la estudió.

—¿Pero a usted no?

Ella se encogió de hombros.

—No me importa si en esta Temporada el encaje se usa en el puño o si las mangas tienen suficiente esponjosidad. Es un poco frívolo.

Arrojó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—Es una mujer única, señorita Elizabeth Townsend. —Entonces él se puso serio—. Yo apostaría a que la mitad de los hombres de la nobleza envidiarían al hombre que se case con usted.

—No estoy segura de que me vaya a casar.

—¿No? —Su voz tenía un tono extraño.

—Creo en el matrimonio por amor, mi Lord. Si no puedo tener eso, yo preferiría permanecer soltera. —Elizabeth parpadeó, obligándose a no derramar las lágrimas que estaban ardiendo detrás de sus párpados. Abrió el libro—. Tal vez debería seguir adelante con la lectura.

Darian asintió y se echó hacia atrás, mirándola. Demasiado tarde, se dio cuenta de que había elegido absolutamente la historia equivocada. Una doncella enamorada de Lancelot lo acusó de amar a nada menos que a Gwenhwyfar, a lo que Lancelot respondió que no tomaría ninguna amante.

¡Qué tonta había sido al no mirar para ver lo que estaba leyendo! Darian pertenecía, o lo haría, tan pronto como un compromiso fuera anunciado, a Isabella. Y Elizabeth sabía, en su corazón, que Darian permanecería fiel, por honor si no es amor verdadero.

Cerró el libro y se levantó.

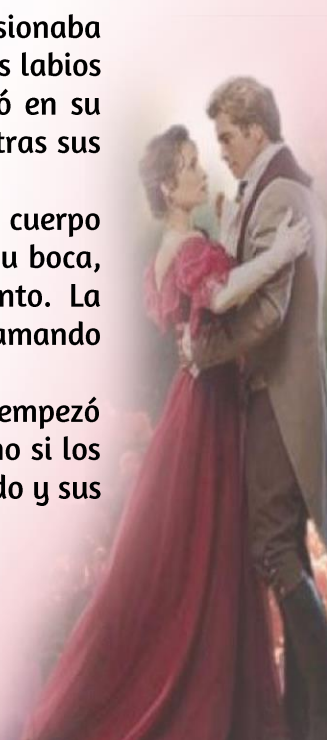
—Debería irme. —Mientras ella se daba la vuelta, sintió una mano fuerte estrecharse sobre su muñeca y luego se encontró medio-colgada a través de la cama y sobre el ancho pecho de Darian. Su brazo se envolvió en torno a su cintura y la levantó más cerca.

—Lancelot podría no haber sido un tonto —dijo—, pero yo lo soy.

Su boca se cerró sobre la de ella, sus labios hambrientos mientras presionaba besos incesantes contra la suya. Su lengua se deslizó elegantemente contra sus labios presionados, hasta que los separó para dejarle entrar. Él gimió y profundizó en su boca, su lengua explorando, tomando, queriendo más, exigiendo incluso mientras sus manos acariciaron su espalda y la apretaba contra él.

Elizabeth sintió mareos inundándola. Su cabeza daba vueltas, su cuerpo flotaba; ella era huesos, entidad sin peso aferrándose sólo al sabor de él en su boca, la sensación de su cuerpo sólido en contra del suyo flotante y sin aliento. La habitación se desvaneció. El tiempo se detuvo. Allí sólo estaba esto. Su boca amando la suya. Éxtasis...

De alguna manera, la realidad intervino. Con una sacudida, su mente empezó a funcionar de nuevo. Ella jadeó y apretó sus manos contra sus hombros. Como si los dedos de Elizabeth fueran brasas, Darian la soltó de inmediato. Estaba jadeando y sus ojos oscuros ardían.



—/esús —dijo con voz áspera—. Debería pedir disculpas, pero no lo siento.
Elizabeth se deslizó fuera de la cama, temblando. Sus ojos ardían con lágrimas contenidas.

—Yo tampoco lo siento —susurró y luego se giró y salió corriendo de la habitación.



Only in Books



Capítulo 9

El doctor llegó a la mañana siguiente para comprobar sus puntos de sutura.

Elizabeth no estaba con él. Darian se vistió después de que el doctor salió y se fue en busca de Elizabeth. Tenían que hablar.

—Ella se encuentra indispuesta —le informó Julianna cuando le preguntó dónde estaba—. Dijo que tenía un terrible golpe en su cabeza.

¿Demasiado ratafía? ¿Podría realmente haber bebido en exceso y disfrutado de la noche con John Delaney? Una bruma rojiza llenó su visión y él tomó una respiración profunda. Bueno, no importa. Una vez que rompa su noviazgo con Isabella él sería libre para perseguir a Elizabeth. De alguna manera, él haría que sus padres lo entendieran. Y al Hades con las expectativas de la sociedad. La única mujer que deseaba en su cama y a su lado era a Elizabeth.

—¿Dónde está su hermana, entonces? —preguntó.

Un ceño ligeramente fruncido arrugó la frente de Julianna.

—Ella fue a Stafford House esta mañana.

Por un momento, Darian se preguntó por qué y luego se encogió de hombros en su interior. Tanto mejor. Hablaría con los padres de ella primero y luego con los suyos.

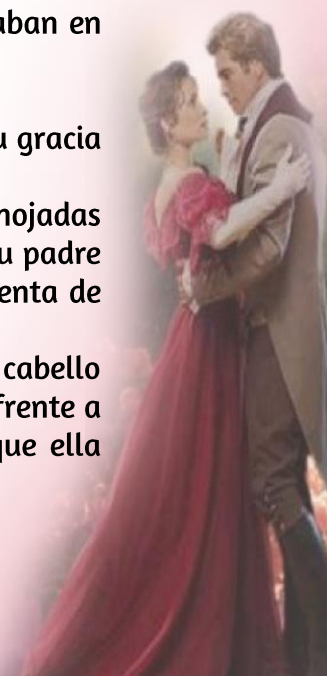
Él montó hasta el largo camino una hora más tarde y entregó las riendas a un mozo de cuadras. El mayordomo estaba sombrío mientras abría la puerta y el vestíbulo estaba vacío. Una doncella de la planta baja pasó en silencio junto a él hacia la cocina. Darian paro. Podía escuchar que no había ollas o sartenes golpeándose y sirvientes hablando. El flujo habitual y el flujo de la casa estaban en silencio.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—No es mi lugar para decir, mi lord —respondió el mayordomo—; pero su gracia está en la biblioteca.

Darian caminó por el largo pasillo y, cuando se acercó, pudo oír voces enojadas ahogadas detrás de la pesada puerta de roble. Nada que ver con su madre o su padre estando enfermos entonces. Él dejó escapar un suspiro de alivio, sin darse cuenta de que había estado preocupado. Él abrió la puerta y se detuvo.

Isabella sentada en el sofá, con su rostro pálido. Varios mechones de su cabello se habían soltado y colgaban de su hombro. Su madre se sentaba en una silla frente a ella, sus dedos preocupándose en uno de sus anillos, una señal segura de que ella



estaba molesta. Edward estaba parado junto a la ventana. El cuello de su camisa estaba abierto, metida hasta la mitad en los pantalones y no llevaba chaleco. El Duque se detuvo y miró a Darian.

—¿Qué pasa? —Darian entró y cerró la puerta.

Su padre tomó una profunda respiración.

—Tu madre y yo estábamos tomando un paseo por el laberinto esta mañana.

—Él le dio a Edward una mirada de disgusto—. Y descubrimos a estos dos... fornicando en la glorieta.

Darian echó un vistazo a Isabella. Dos puntos rosados brillantes destacaban sus mejillas, pero ella levantó la barbilla y lo miró desafiante. Él casi sonrió. Ella acababa de hacer su trabajo mucho más fácil, a pesar de que no lo sabía.

Edward dio la espalda a la ventana para mirarlo.

—Quiero casarme con ella. ¿Vas a llamarme a un desafío?

Su madre dejó de jugar con su anillo.

—No voy a tener mis hijos batiéndose en duelo. ¿Está claro?

—Él tiene derecho de vengar su honor, madre. —Edward miró fijamente a Darian.

—Así lo hago —respondió Darian—; pero he visto demasiados hombres muertos innecesariamente para querer ser la causa de otro. —Se volvió hacia Isabella—. ¿Desea casarse con Edward?

Observó varias emociones cruzando su rostro cuando ella vaciló. Sin duda que estaba pensando en renunciar al título de Marquesa; aunque ella no lo habría tenido de todos modos, pero él no le iba a hacer esto fácil a ella. Su expresión se resignó cuando debió haberse dado cuenta de que no se casaría con ella ahora, dadas las circunstancias. Ella podía conseguir algo peor que Edward por marido.

Isabella asintió.

—Sí, me gustaría casarme con Edward.

Los gatos siempre aterrizan en sus pies. Darian le dedicó una breve inclinación de cabeza y luego miró a Edward.

—Wellington me dio una parcela de tierra en Hampshire. Viene con una baronía. No tengo necesidad de ello. Voy a ver que sea traspasada a ti. Considéralo un regalo de bodas.

Edward lo miró desconcertado.

—Eso es muy generoso. Pero, ¿por qué?

Darian se permitió esbozar una pequeña sonrisa.

—Porque, hermano, acabas de hacer mi vida mucho más fácil. —Él tomó una respiración profunda y miró a su padre—. Me voy a casar con Elizabeth Townsend.

La sorpresa se arrastró en el rostro de Isabella.

—¡Ella no tiene dote y no es un par del reino!

—Eso poco importa para mí —le dijo de vuelta Darian—. La amo.

La ira brilló en sus ojos.

—¡Usted me engañó!

Darian enarcó una ceja y ella se quedó en silencio. Se volvió hacia su madre.



—Sé que deseabas que me casara dentro de la nobleza. Pero quiero una esposa que sea mi pareja, que este a mi lado. Una a la que voy a serle fiel y ella a mí. Una que ame. Yo la encontré. ¿Es demasiado pedir poder ser feliz con ella?

Su padre comenzó a responder, pero su madre lo hizo callar. Ella sonrió a Darian.

—El amor es todo lo que importa. Ve con ella.

—¿Qué quiere decir con, ella se ha ido? —Darian se paseaba en el salón en Newberry, deteniéndose sólo para mirar desde el Conde a su esposa y viceversa.

—Cuando fui a preguntar sobre su dolor de cabeza, me encontré con una nota —les respondió lady Newberry—. Simplemente dijo que ella había hecho algo imperdonable y que podíamos recoger el caballo que tomó prestado en Hampton Cross.

Darian podría haberse pateado a sí mismo. Por supuesto, habría visto el beso como un acto de traición, especialmente porque ella respondió tan apasionadamente al mismo. El sentido del honor de Elizabeth corría profundamente.

—¿Dijo a dónde se dirigía?

Lady Newberry negó con la cabeza.

—No me puedo imaginar donde se dirigiría. Ella no tiene familiares además de nosotros.

Él se volvió a Julianna, sentada en el sofá, con los ojos enrojecidos por el llanto.

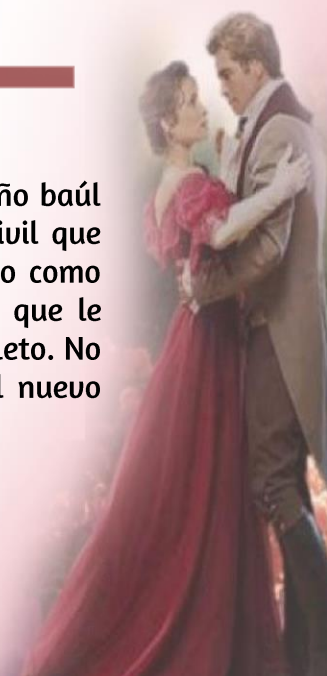
—¿A qué hora hablaste con ella?

—Era temprano. El sol se acababa de alzar.

Darian maldijo en silencio. Elizabeth le llevaba más que unas tres horas de ventaja. Las diligencias públicas en Hampton Cross salían en todas direcciones.

Se puso de pie y se despidió. Montando su caballo, lo dirigió al sur. Encontraría a Elizabeth, así tuviera que buscar en toda Inglaterra para hacerlo.

Elizabeth se sentó en el banco de madera en la estación, con su pequeño baúl de viaje en el suelo a su lado. Había empacado solamente los vestidos de civil que había traído consigo a Newberry. Ellos servirían si podía conseguir un puesto como institutriz en Londres. Se aferró a su retículo. Contenía las pocas monedas que le quedaron de su dinero para gastos, después de que ella había comprado su boleto. No es suficiente para demasiadas noches en una posada, pero esperaba que el nuevo pastor le permitiera permanecer en la rectoría hasta que consiguiera trabajo.



Ella echaría de menos Newberry, especialmente a la dulce Julianna. Elizabeth esperaba sinceramente que a Julianna no le negaran su primera Temporada por falta de una acompañante. Pero ella no podía quedarse. No después de lo que pasó.

La vergüenza la inundó y bajó la mirada hacia el suelo. Había actuado con un completo desenfreno, correspondiendo el beso de Darian con tanto entusiasmo y presionando sus pechos contra su pecho en un abandono salvaje. Incluso ahora, sus pezones se apretaron al recordar. Y lo peor, que había querido más. Había querido su carne desnuda presionada contra la de ella... había querido saber por qué un cosquilleo había comenzado entre sus muslos... uno que quería algún tipo de atención, aunque ella no sabía qué. Todo esto... ¡y él estaba a punto de convertirse en el prometido de su prima! ¿Cómo podía tener tales sentimientos por Darian? Estaba mal. Tan mal. Y se sentía tan bien. Ella secó una lágrima. Había hecho lo correcto al irse.

—¡Gracias a Dios que te encontré!

Elizabeth sacudió la cabeza. Ahora estaba oyendo su voz también. Podría muy bien convertirse en una candidata para el manicomio a este ritmo.

—¡Elizabeth! —Darian se sentó y la tomó en sus brazos, abrazándola con fuerza, su única mano acariciando su cabello mientras él le daba una lluvia de besos en la frente.

Él estaba allí. Ella no estaba imaginando cosas. Levantó la cara hacia él.

—¿Qué está haciendo aquí?

—Viniendo por ti, mi amor —respondió—. Quiero que seas mi esposa.

Ella lo miró fijamente. El manicomio la estaba acechando, de seguro.

—¿Qué?

—Quiero que seas mi esposa, Elizabeth. Te amo.

—Pero...

Él puso sus dedos en la boca.

—Déjame explicarte.

Cuando terminó, ella siguió mirándolo.

—¿Tus padres aprueban esto?

—¡Sí! —Darian trazó su mejilla con dos dedos—. Incluso si no lo hicieran; y lo hacen, no importaría. No quiero una esposa que no amo y no quiero una amante tampoco. Te quiero a ti. —Se arrodilló a su lado y le tomó la mano—. ¿Te casarás conmigo?

Elizabeth lo miró fijamente. Si estaba teniendo una ilusión, no quería que terminara. Pero él era real. El calor y la fuerza de sus dedos eran reales. Ella le echó los brazos al cuello.

—¡Sí! Sí, me casaré contigo.

La besó lenta y completamente en la boca y luego se puso de pie.

—Entonces, ¿cuán lujosa quieres la boda? Por favor, sólo no me hagas esperar seis meses.

Elizabeth le sonrió.

—Entonces estás de suerte, mi Lord. Nunca he querido todos los lujos llamativos de una gran boda. Los votos son lo importante y los que yo haría en privado contigo y con Dios.



Darian sonrió y la atrajo hacia sí de nuevo.

—Entonces vamos a Londres por una licencia especial. Si contrato una diligencia privada, mañana por la noche serías la marquesa de Binghamton, mi Lady.

49



Only in Books



Capítulo 10

Darian levantó la aldaba de bronce en la casa en Mayfair. Si el mayordomo estaba sorprendido de su llegada con su nueva esposa del brazo, estaba muy bien capacitado para demostrarlo.

—Bienvenido de nuevo, mi Lord —dijo y dio una pequeña reverencia a Elizabeth—. Su señoría.

Iba a tomar algún tiempo acostumbrarse al hecho de que en realidad era una Marquesa. Darian le había dicho que realmente no necesitaba asumir ningún derecho hasta que llegaran a Binghamton. La casa de Mayfair se manejaba de manera eficiente por la señora del castillo, la señora Simson.

Elizabeth miró alrededor del gran vestíbulo con su piso de baldosas a cuadros blanco y negro y el techo abierto. Una mesa de recepción estilo Chippendale⁸ bien tallada estaba cerca de la puerta con su bandeja de plata para tarjetas, y un espejo dorado enorme, adornaban la pared por encima de ella. Una magnífica escalera caoba en espiral hasta el segundo piso.

La señora Simson se dirigió hacia ellos, un grupo de criados detrás de ella. Le hizo una reverencia a Elizabeth mientras se efectuaron las presentaciones.

—Espero que usted encuentre todo a su gusto, mi lady —dijo y comenzó a emitir órdenes a los lacayos para llevar las maletas arriba y un baño para ser llevado a la habitación de la señora.

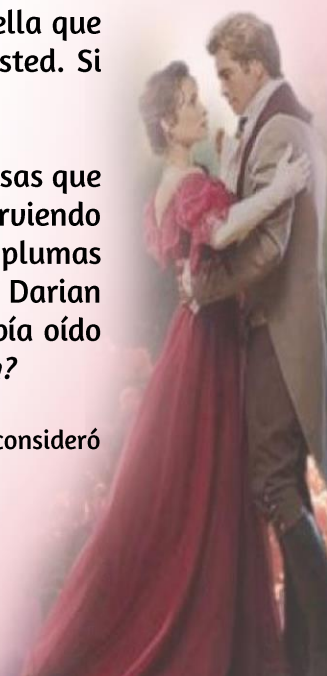
Elizabeth y Darian la siguieron por las escaleras. La señora Simson abrió una puerta a una habitación acabada en sombras de azul satinado y seda.

—Esta es la recámara de la señora. —Ella hizo un gesto a la joven doncella que los había seguido—. Esta es Elsie. Ella estará asistiéndola personalmente a usted. Si necesita cualquier cosa, no dude en pedirlo.

—Voy a estar al lado. —Darian le guiñó un ojo a Elizabeth—. Esperando.

Elsie anduvo afanosamente por doquier, desempaquetando las pocas cosas que Elizabeth había traído mientras el lacayo transportaba en baldes el agua hirviendo para el baño. Elizabeth absorbió el lujo de la habitación con su cama de plumas mullidas y dosel. Sintió sus mejillas calientes. Iba a compartir la cama con Darian pronto. La anticipación, así como la aprehensión, le dejaban la boca seca. Había oído que había dolor la primera vez. *¿Sería capaz de soportarlo y complacer a Darian?*

⁸ El Chippendale es un estilo de muebles de lujo que alcanzó gran difusión y que se consideró típicamente inglés. Las patas eran curvas. Presentaba caladas y rejillas.



—El baño está listo, mi Lady.

Elizabeth se volvió así Elsie podría deshacer los botones situados en la parte posterior de su vestido y desatar el corsé. Con gratitud, ella salió de ellos y se metió en la bañera. Elsie había perfumado el agua con hojas de lavanda calmante.

La doncella se movió alrededor de la habitación, iluminando el pequeño fuego en el hogar, quitando la colcha de la cama, y tendiendo toallas cerca de la bañera. Elizabeth cerró los ojos, disfrutando del remolino del agua tibia, dejando que la fragancia aromática de la lavanda se instalase en sus nervios. Ella se remojó durante unos pocos minutos...

—¿Jabón, mi Lady? —preguntó Darian detrás de ella.

Sus ojos se abrieron de golpe y ella se sentó bruscamente, salpicando el agua sobre el borde y luego se hundió igualmente rápido, cubriendo sus pechos con las manos. ¡Querido Señor!

—Estoy desnuda —dijo.

Darian rio.

—Una buena cosa ya que estás en el baño. —Se arrodilló a su lado, llevando una bata de seda ligeramente atada a la cintura, dejando al descubierto una capa de vello ennegrecido en su pecho. Él suavemente retiró sus manos de sus pechos—. No hay necesidad de estar avergonzada. Eres hermosa.

Por un momento, Elizabeth sintió que iba a morir de mortificación, pero entonces vio la mirada de aprecio en el rostro de Darian. Sus ojos se oscurecieron con el deseo, haciendo que sus pezones se endurecieran como piedra. Cuando su mano suavemente acarició por toda la curva, su pecho pareció crecer en su mano.

—Hermosa —dijo de nuevo—. Ahora relájate. Te voy a bañar.

—Pero yo...

—Shhh. Sólo recuéstate. Cierra los ojos. Acostúmbrate a mis caricias.

Se sintió incómoda al principio, teniendo manos masculinas tocándola, pero mientras le enjabonaba sus brazos y piernas, masajeando pausadamente cada franja y dedo del pie, poco a poco se relajó. Él deslizó la toallita sobre su estómago y costillas y lentamente rodeó sus pechos, masajeando suavemente. Ella dio un pequeño gemido.

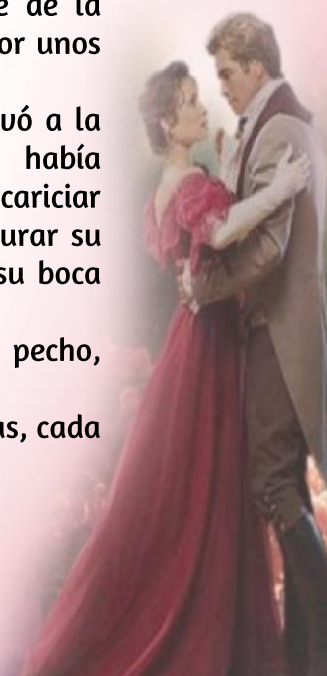
—Eso es —dijo en un susurro ronco—. Simplemente deja que el placer te tome.

Elizabeth se quedó inmóvil, con la cabeza descansando en el borde de la bañera, disfrutando de las sensaciones mágicas que Darian estaba creando por unos minutos más.

Deslizando sus brazos debajo de ella, la levantó de la bañera y la llevó a la cama. Acostándola bajo toallas gruesas que la conocedora doncella había proporcionado, él arrojó su túnica y se acostó a su lado, sin dejar de acariciar lentamente su piel, sus dedos como plumas mientras se inclinaba para capturar su boca con la suya. Ella abrió los labios y él profundizó el beso, explorando su boca completamente, tomándose su tiempo para dejarla que juegue con él.

Darian dejó un rastro de besos por el cuello hasta la plenitud de su pecho, cerrando su cálida y húmeda boca sobre la punta y comenzó a chupar.

¡Era puro éxtasis! Elizabeth se arqueó contra él, su cuerpo todo en llamas, cada terminación nerviosa hormigueaba. Queriendo... algo.



Como si supiera, él se posicionó entre sus muslos. Elizabeth nunca se había sentido tan vulnerable, sin embargo, la sensación punzante que ahora era el centro de su universo necesitaba atención.

La tocó allí. Una vez. Ligeramente. Sus caderas se levantaron. Darian sonrió.

—Creo que vas a ser nata en esto, mi amor.

Darian se deslizó hacia arriba y sobre ella. Ella sintió la punta dura de él probando su entrada, insertándose un poco. Su grosor le estiró, pero se sentía bien. Ella lo miró y sonrió.

Mantuvo su peso apoyado en sus codos.

—Te amo, lady Binghamton.

—También te amo, mi Lord. —Ella se rio como una niña de escuela.

La risa se convirtió en un grito de dolor mientras Darian daba un duro empuje y la penetró. Se contuvo inmóvil, inclinándose para besarla en la frente.

—Lo siento, mi amor. El dolor va a desaparecer en un minuto.

Elizabeth se mordió el labio para no gritar de nuevo y luego, sorprendentemente, el dolor disminuyó.

—¿Estás bien? —le preguntó mientras comenzó a retirarse.

Ella lo abrazó fuertemente.

—Quédate.

Se echó a reír.

—Tengo la intención, mi amor.

Empujó de nuevo y luego se retiró sólo para reinsertarse. Ella captó el ritmo rápido, moviendo sus caderas para encontrarse con sus embestidas. La presión comenzó a construirse dentro de ella otra vez, como caliente lava fundida burbujeando a la superficie. Su cuerpo empezó a temblar. Ella quería más. Frenéticamente, se sacudió fuertemente por debajo de él, acercándose al borde, el infierno se estaba construyendo, amenazando con devorarla en llamas, los músculos repentinamente apretados profundamente en su interior, sus dedos se curvaron, su espalda se arqueó, y luego comenzó una contracción que ondulo todo el camino a través de ella cuando explotó.

Elizabeth yacía jadeante, tratando de recuperar el aliento. A su lado, Darian tomaba largos jadeos, su cuerpo brillaba con una capa de sudor. Eventualmente, su respiración disminuyó y la atrajo hacia el hueco de su brazo, la cabeza apoyada en su hombro.

—¿Qué se siente ser mi esposa? —preguntó.

—Absolutamente maravilloso —contestó Elizabeth mientras depositaba un beso en su cuello. Luego se rio de nuevo.

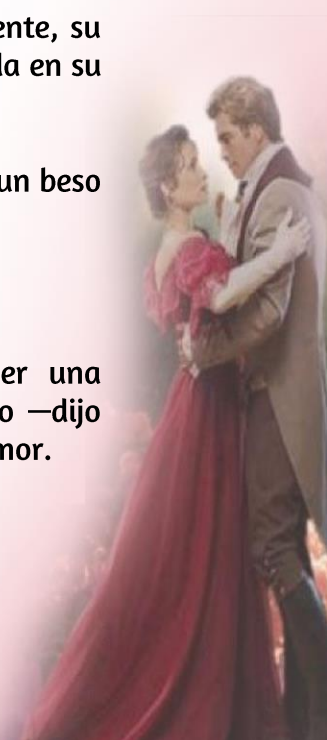
Él la miró.

—¿Qué es tan gracioso? No mis habilidades para hacer el amor, espero.

Ella se apoyó e inclinó su cabeza.

—Nunca eso. Estaba pensando que *ahora* estoy calificada para ser una chaperona para Julianna. Ella todavía puede tener su Temporada. De hecho —dijo Elizabeth con una sonrisa—, para mí, será una verdadera Temporada para el amor.

Darian sonrió.



—Y yo estaré bien a salvo de las mamás ambiciosas ya que soy un viejo hombre casado ahora.

Su sonrisa se ensanchó con malicia sensual.

—¿Puede un hombre viejo todavía darle a su esposa placer?

Él le dio la vuelta sobre su espalda y la montó a horcajadas.

—Voy a hacer mi mejor esfuerzo.



Sobre la Autora



Una ávida lectora de todo lo medieval, Cynthia Breeding ha enseñado las leyendas artúricas tradicionales a estudiantes de la secundaria durante quince años. Posee más de trescientos libros, ficción y no-ficción, sobre el tema. Más información sobre Arthur, Gwenhwyfar y Lancelot está disponible en su página web, listado más abajo.

Vive en la bahía en Corpus Christi, Texas, con su perro Bichon Frisé, Nicki, y disfruta de navegar y de paseos a caballo en la playa.

Los lectores pueden llegar a ella en su sitio web: www.cynthiabreeding.com.

Only in Books

